



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Barait, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Burgo, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Carlotto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenza, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Díaz (José María), Díaz Pérez, Durán, Dague de Riva-Echevarría, (J. A.) Espia y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figueroa, Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jiménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güel y Rente, Gualbenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Jamer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larruga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olasarría, Olavarria y Huarte, Orpaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pasual (D. Agustín) Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poya, Ratinoso, Retas, Roilla, Ríos Rosas, Rivera, Riquero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Amilera, Sagarmingua, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Saromá, Selgar, Sepúlveda, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Voalera, Velez de Medra no Vega, Venturá de I., Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramón de) Cemborain y España, (D. Eugenio) A costa (D. Juan), Ribot y Fontera, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Marzo de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Ragner.—El Afghanistan, por Ramón Chfies.—Cuadro de invierno, por José Nankés.—Bellas artes, por José de Siles.—El reclutamiento militar, por José Saez Do minguez.—La revelación, por José Zahonero.—Principio, medio y fin, por Luis Barthe.—Boby, (conclusión), por Nicolás Díaz y Pérez.—La familia, por Jerónimo Vida.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Las huelgas.—Los emigrados en Portugal.—Hacienda portuguesa.—La cuestión de Irlanda.

El problema social toma cada día mayores proporciones. Ayer eran Londres y Birmingham los que protestaban en Inglaterra; hoy son París y Decazeville los que protestan en Francia, y tal vez mañana Madrid y Barcelona protestarán aquí de la inacción del gobierno ante las miserias de las clases obreras.

Los términos en que estas protestas se formulan, deben enseñar á los gobiernos de toda Europa, que urge adoptar reformas que mejoren la condición del proletariado, si se quiere evitar que á la manifestación pacífica de la huelga suceda la manifestación perturbadora de Londres.

El problema social no se resuelve, en nuestro concepto, en un momento dado, por medio de ninguna ley, cualquiera que sea el gobierno llamado á regir los destinos de un pueblo, bien impere la monarquía ó la república, ó bien estén inspirados los hombres de gobierno, por ideas liberales ó restrictivas en materia de crédito y comercio.

Podrá atenuarse en los países que disfrutan de las libertades políticas de que carecemos en España; podrá resolverse con más facilidad aún, si á esas libertades se añade el goce de las económicas; pero unas y otras son insuficientes para darle solución satisfactoria, obra gigantesca que realizará la verdadera centuria, cuando haya más ilustración en las clases dirigidas y menos temor á las reformas en las clases directoras.

Entre tanto, los gobiernos que quieran poner término á esas huelgas que hielan de espanto y desean conjurar las crisis obreras que llevan la perturbación al mundo industrial, deben implantar reformas que mejoren la situación de los obreros, empezando por abaratarles la vida, lo cual se conseguiría en gran parte con rebajar los gravámenes que el Estado y el Municipio exigen á los artículos alimenticios en las fronteras de las naciones y en las puertas de las más populosas ciudades; gravámenes odiosos que, sin tener carácter fiscal, constituyen una contribución odiosa impuesta por igual á ricos que á pobres, y elevan el precio de los productos, dándoles un valor artificial que los aleja de las manos de los que lo necesitan.

Se ha despertado vivo interés en todas las filas republicanas por la digna y consecuente emigración que nuestras tempestades políticas han arrojado al otro lado de las fronteras.

Porque la verdad es, que sin comités, periódicos, propagandistas, oradores, publicistas, catedráticos, cuantos generosos obreros trabajan en la obra de restaurar la república, merecen bien de la patria, ninguno, ni el más alto, ni el más digno, ni todos juntos, pueden compararse en altura moral y en dignidad política,

al más humilde de los que, por amor á la República, y en su servicio, lo han sacrificado todo, hogar, familia, bienestar, patria, y han puesto en grave riesgo su vida.

En la leyenda de los partidos políticos, los apóstoles son los primeros, sólo cuando al propio tiempo son mártires, y de no serlo, merecerán la admiración, pero no el cariño de los adeptos, porque la fe se prueba con las obras, y sin ellas, es fría y estéril, y qué obra más grande, qué acción más meritoria, que aquella en que, por apresurar la hora de las redenciones y de las victorias, los hombres juegan su cabeza algunas veces y siempre su reposo y su bienestar?

Día llegará, y porque llegue trabajamos, y porque luzca suspiramos, en que, constituida nuestra sociedad sobre bases de derecho y de justicia, barridas para siempre las familias, que por juro de heredad se atribuyen la soberanía, abiertos á la propaganda pacífica los caminos de la legalidad, vuelvan las espadas al cinto y no sea lícita otra arma que la del voto para la conquista del ideal, y entonces tendrán el puesto de honor en la lucha, los que hablan, los que escriben y los que organizan; pero en tanto no llega esa hora; en tanto vive la sociedad española en permanente estado de fuerza; en tanto que en la violencia tenga que apoyarse el derecho, el primer puesto, y la mayor gloria, corresponderá á los que combaten, á los que emigran, á los que agonizan en los presidios y mueren en los patíbulos.

Pensar otra cosa, ni es moral, ni es humano, ni es justo, ni es digno de ninguna parcialidad política que cuente, como la nuestra, en estos tiempos de dudas, de envilecimientos y de concupiscencias, tantos amigos heroicos, tantos mártires que ni han dudado, ni se han

envilecido, ni han vacilado en sacrificarlo todo por su patria y por la República.

El nuevo gobierno lusitano acaba de exponer su programa ante el Parlamento.

Sus declaraciones en cuestiones financieras son más importantes aún que los referentes á los asuntos políticos, toda vez que la causa de la última crisis fué un conflicto económico.

Obsérvase en Portugal, como en España, que coincide el déficit de los presupuestos, el nacimiento ó desarrollo de la deuda flotante y la miseria general de la nación con el gobierno de los partidos conservadores, que más celosos de la propia conservación que del engrandecimiento patrio, sacrifican los intereses del país á las exigencias políticas del momento, sin cuidarse para nada del agobiado contribuyente, que atiende con dificultad al sostenimiento de las cargas públicas; del oscuro comerciante, que ve decrecer de día en día las transacciones: del respetable fabricante, que pierde los mercados que antes eran centros consumidores de sus productos, y del acaudalado banquero que ve mermada su fortuna al amenguarse el crédito de la nación con el descenso de los valores que le representan.

Cansados los portugueses de recoger periódica y fatalmente tan tristes frutos, de rocaron al Gabinete conservador, y hoy se presenta el partido progresista con un programa reformista en la mano, dispuesto á dar la debida satisfacción á los intereses lesionados por las arbitrariedades de la última administración lusitana y á las ideas perseguidas por los caprichos de la última reacción, pero, dispuesto, sobre todo, á resolver el problema económico que, en Portugal como en los demás pueblos europeos, es la esfinge destinada á devorar la mayoría de los gobiernos que puedan regir los destinos de los diversos Estados del Continente.

Propónese el conocido hacendista Mariano Carvalho, reducir los gastos de todos los servicios públicos, no aumentar en lo más mínimo los impuestos, no negociar empréstito alguno, y sobre todo, desarrollar en cuanto le sea dable la producción.

A nuestro modo de ver, todos los puntos que abarca el programa del ministro progresista, son insignificantes, comparados con el último; pero, para comprender el alcance de éste es forzoso conocer los medios que piensan utilizar el Sr. Carvalho, para impulsar el comercio del vecino reino y el criterio que guie su aplicación, pues sino rompe los viejos moldes de las ideas de su antecesor, y no se inspira en las corrientes liberales de la época, su gestión financiera, análoga á la de nuestro compatriota Sr. Cos Gayón, será de las que se recuerdan con pena y se censuran con acritud, porque lejos de contribuir al engrandecimiento de un pueblo, enervan sus fuerzas vitales y le sumen en la mayor miseria.

La cuestión irlandesa continúa ocupando la atención de los políticos ingleses. Lord Randolph Churchill, que un tiempo fué el más activo defensor de la inteligencia entre los amigos de Mr. Parnell y los *torys*, ahora que Mr. Gladstone se ha mostrado dispuesto á satisfacer en lo posible las aspiraciones de los autonomistas irlandeses, toma actitud diferente y con esa resolución, propia de su carácter, ha ido á Irlanda á despertar las pasiones contra la política liberal.

Lord Randolph Churchill, ha tratado de excitar el sentimiento de los católicos, con el objeto de sacar lo cuestion del terreno puramente político y llevarlo al religioso. Esta tentativa, ha sido ocojada con protestas significativas, sobre todo, en Inglaterra, entre los mismos conservadores. En la reunión celebrada en Carlston Club, el conde de Deubigh ha deplorado que se confundiera en el mismo anatema á todos los fieles de una gran iglesia, que hacen protestas de adhesión á la reina y á los que han hecho un pacto con la Revolución cosmopolita. El duque de Norfolk, que es el jefe del catolicismo británico, también ha censurado el torpe é injustificado llamamiento de lord Randolph

Churchill á preocupaciones y á pasiones de otros tiempos.

Mientras tanto, el gobierno prosigue con calma su estudio sobre la cuestión irlandesa, por todas partes se notan señales de simpática actividad. El episcopado irlandés, reunido en conferencia y presidido por el arzobispo de Dublin, se ha pronunciado en términos enérgicos en favor del *home rule*, y la compra por el Estado de los bienes inmuebles. Algunos grandes propietarios, y entre ellos lord Ffeuch, se declaran igualmente en el sentido autonomista.

Una de las más importantes manifestaciones de la opinión pública, ha sido la formación en Inglaterra de una *liga*, reclutada fuera de las divisiones de los partidos, y cuyo objeto es el de buscar una solución que satisfaga á la vez las aspiraciones del imperio británico. Al frente de esta *liga* figura un Par de Inglaterra, el conde de Ashburnham, que hasta hace poco figuraba entre los conservadores.

El gobierno, sin embargo, no ha tomado una decisión concreta respecto á este grave problema. Hasta ahora, Mr. Jon Morley, cuya sola elección para el cargo que desempeña equivale á todo un programa, no ha tenido que pronunciarse más que sobre la cuestión agraria.

Todos los partidarios de los derechos imprescriptibles é ilimitados de la propiedad, se han escandalizado, oyéndole proclamar que se reservaba la libertad de examinar cada caso separadamente, y que no se creía en la obligación de hacer intervenir la fuerza pública á los que, abusando del derecho de propiedad, reclaban, al menor pretexto, el apoyo de los soldados de la reina para expulsar á los colonos.

Estas palabras, aplaudidas por los parnellistas, y criticadas amargamente por la oposición, han adquirido mayor importancia, desde que lord Spencer, interpelado en la alta Cámara, les ha dado una explícita aprobación.

RAGUER.

EL AFGHANISTAN

Una nueva faz de ese Proteo de la política internacional que se llama la cuestión de Oriente, hace que las miradas de todos los pueblos civilizados se dirijan hoy hacia aquellas esplendorosas regiones del Asia, en que la fábula colocó sin fundamento la cuna del género humano, y la tradición, con más razón la de los primeros rudimentos de las artes y las ciencias, tan maravillosamente desenvueltas actualmente, en aquel miserable y bárbaro Occidente, desconocido de los antiguos orientales. Un sentimiento de justicia, un alto concepto del honor, anima los pechos europeos á desear el aniquilamiento del imperio turco, cuyas irreformables instituciones y odiosas costumbres, tienen sumidas en la barbarie y envilecidas en el despotismo las más bellas comarcas de la península de los Balcanes. Rusia, constituyéndose más ó menos desinteresadamente en representante de esta aspiración, tras cruentas batallas, enormísimos gastos y sacrificios de todo género; vencidos los ejércitos del Sultán, impúsole á Turquía, á la sombra de las cúpulas de las mezquitas de su encantadora capital, la paz, mediante un tratado que equivalía á reducir á la impotencia en Europa para siempre el poder de los sucesores de Omán. Inglaterra, atenta únicamente á los intereses materiales, vió claramente los suyos expuestos por el tratado de San Estéfano. De todos son conocidos los artificiosos argumentos que, envueltos en juiciosas reclamaciones á nombre del equilibrio europeo, fueron por Inglaterra empleados para obligar á Rusia á asistir á las conferencias de Berlín, y firmar en la capital del imperio alemán el tratado que rectifica su obra de San Estéfano, devolviéndole á los turcos la prensa tan condictada y con tantos sacrificios conquistada. Nadie ignora tampoco que Rusia no desconoce que esta imposición de Inglaterra, á nombre de Europa, es una afrenta para sus armas victoriosas, y un estorbo para su obra de redención en la península oriental. Fácil es de estas premisas

deducir que es humano, racional y de sentido común que Rusia no ha de desperdiciar ocasión de vengar su afrenta de Berlín, devolviéndole á Inglaterra el golpe que ésta le ha inferido.

Así deben reconocerlo los mismos ingleses, cuando tanta importancia dan sus periódicos á la cuestión que inspira estas líneas.

En menos de un siglo, el poder inglés se ha extendido en Asia de una manera formidable. Las dos Indias, y muchos reinos y países comarcanos, reconocen la soberanía de la soberbia Albión, que acaba de añadir á los títulos de su reina el de emperatriz de las Indias. Rusia, por su parte, subyugadas una tras otra las tribus desparramadas al Sudoeste de los montes Urales, ambicionando llegar á los fércaces territorios del Mediodía, ha ido con paso seguro acercando las fronteras de su imperio á las del imperio británico, que hoy apenas si distan cuatrocientos kilómetros. Entre estos dos colosos se halla colocado el país que hoy atrae la atención universal, el Afghanistan.

Un emisario inglés, un embajador de esta nación orgullosa, parece que ha sido recibido afrentosamente por el emir de Cabul, soberano del Afghanistan. Inglaterra ha visto en este desprecio la mano de la Rusia, y en el acto, con la actividad propia de la raza anglo-sajona, sus ejércitos de la India se han puesto en movimiento, sus escuadras han comenzado á evolucionar de un mar á otro, y en los arsenales de la metrópoli se disponen toda clase de armamentos y recursos para someter al engreído monarca de Cabul.

No hemos de ocuparnos de nada de lo que á la política hace referencia en esta cuestión. Nuestro objeto es solamente dar á conocer muy soberanamente, por no permitir otra cosa la índole de esta publicación, el país en que debe estallar la guerra, como parece seguro, han de maniobrar los ejércitos británicos.

Al Mediodía del imperio ruso de Asia, al Oriente del famoso río Indo, y al Oeste de la Persia; limitada al Mediodía por el Océano Indico, extendiéndose una inmensa faja de terreno, donde de Norte á Sur se hallan sucesivamente colocados el Turkestan, el Afghanistan y el Belukesstan. El Afghanistan propiamente dicho, algo más conocido en el Turkestan y el Belukestan, constituye actualmente un emirato ó reino independiente, cuya superficie total no bajará de ochenta mil leguas cuadradas, con una población sobre la cual existen diferentes pareceres, por falta absoluta de datos estadísticos dignos de crédito, pero que seguramente no bajará de seis millones de habitantes; como no bajará tampoco de ochenta mil el número de soldados que, de una manera regular y organizada, podrá oponer este pueblo á las pretensiones inglesas.

El Afghanistan, geográficamente considerado, forma parte de esa vastísima y elevada planicie que constituye el Asia Central. Derivadas del Himalaya, á cuyo sistema geográfico pertenecen, altísimas montañas cruzan el Afghanistan de Oriente á Occidente; montañas cuyo desarrollo forma extensos y fércaces valles, sobre los cuales se ve un pico eternamente coronado de nieve, de 6.167 metros de elevación sobre el nivel del mar. Fórmase en estas montañas desfiladeros terribles, extraordinariamente largos y tan fáciles de defender con un pequeño número de soldados, como costoso el atravesarlos para cualquier ejército. Uno de ellos, el de Kaiber, inmediato á la ciudad de Djelalabad, hizo famoso por la derrota desastrosa que en él sufrió en la última guerra una expedición inglesa.

El resto del país, al Norte y al Sur, son planicies sin cultivo, atravesadas por los ríos que toman origen en las montañas, y son: el Oxus de los antiguos, hoy llamado Amu-Daria, que sirve de frontera al Afghanistan con el Turkestan; atraviesa este último país de Sudoeste á Nordeste, y después de separar el Khanato de Khiva del imperio ruso, desemboca por varios brazos en el mar de Aral. El Murghab nace en el Afghanistan y va á perderse en las estepas del Turkestan. El Heri-Rud que va á Persia para desembocar en el

mar Caspio unido al Attrek. Corren además por el Mediodía el Himend, que es el más caudaloso de todos los ríos del Afghanistan, y el cual recibe por la izquierda al Urghendab, á cuya orilla izquierda se halla situada la famosa ciudad de Kandahar. Otros pequeños ríos que nacen en el Afghanistan y corren hacia el Oriente, como el Cabul, llevan sus aguas al famosísimo río Indo.

El clima del Afganistan es sumamente vario. Los valles que se encuentran en la parte montañosa gozan en general de una temperatura agradable y constante, que favorece el desarrollo de una flora esplendida, en la que se ven mezcladas las producciones del trópico con las de las zonas templadas. Lo mismo se da la caña de azúcar que toda clase de cereales; el indigo y la asafétida que el pino y las coníferas de los climas boreales; encontrándose en un radio de pocos kilómetros, sobre todo en el hermoso valle que se abre al Occidente de Cabul, donde la agricultura está un tanto adelantada, todas estas producciones reunidas; y siendo ordinarias además el maíz, arroz, ruibarbo, gomas y muchísimas otras, como naranjos, almendros, moreras, etc. En las comarcas planas, la agricultura está atrasadísima, siendo sus procedimientos idénticos á los de los primeros pueblos agrícolas, y en todo semejantes á los usados en Persia.

Del reino animal son muchas y utilísimas las especies que se encuentran en el Afghanistan. Hállanse, en efecto, el camello, el caballo, la oveja, la gacela, el chacal, lobos, zorras, tigres, hienas, linceos, osos, monos y asnos.

La ganadería, por consiguiente, es uno de los principales elementos de la riqueza del Afghanistan, donde existen grandes rebaños de muchas variedades de ovejas de lana fina y muy estimada.

Mas el clima agradable de los valles no es general al país, que en conjunto puede decirse goza del que es propio á las altas mesetas del Asia Central, donde, como es sabido, se pasa sucesivamente y en un mismo día, de una deliciosa temperatura á un frío incómodo, acentuándose más este carácter en las tierras descubiertas, donde el aire no encuentra obstáculos ni en la configuración del suelo ni en la vegetación, que detengan ó moderen su curso, no siendo raro que de tiempo en tiempo sople también sobre el Afghanistan el asolador *Simoun*.

La población de Afghanistan se divide en dos grupos: el de los que dedicándose á la agricultura y á las artes viven de asiento en pueblos de antigua fundación, y el de los que vagan con sus ganados á través de las vastas llanuras, dedicados al pastoreo y algunas veces al latrocinio. Todos ellos, sin embargo, reconocen algunas instituciones en común, como son la religión mahometana, de antiguo profesada por los afganos, y la autoridad del emir que reside en Cabul; autoridad que todavía, y á pesar de las terribles guerras civiles que en lo que va de siglo han dislocado y empobrecido al país, se extiende sobre los tres antiguos reinos de Cabul, Kandahar y Peshuaner.

El mahometismo, á pesar de ser la religión de la generalidad de los afganos, no es la exclusiva del reino, donde es frecuente al Oriente, cercano á la India y á la China, hallar adoradores de Brahma, así como sobre las fronteras de Occidente, tribus adoradoras del fuego y sectarios de Zoroastro, como sus vecinos los persas.

Existe, pues, en el Afghanistan un cuerpo de nación no bien unida, ni organizada, ni sujeta á severa disciplina, ni tan adelantada que se haga respetable y menos temible; más el pueblo afgano, según datos que recogemos de autores ingleses, es valiente, activo y fanático por su libertad é independencia; hospitalario y fiel en sus amistades; cualidades estimables, deslucidas, sin embargo, por su espíritu vengativo, envidioso, avaro, rapaz y terco. Las tribus nómadas viven sujetas á la autoridad de sus jefes propios, que ejercen sobre ellas una especie de gobierno patriarcal, y por cuyo conducto pagan sus tributos al emir, que cuida bien de no enajenarse sus simpatías

pues sabe que su poder solo estriba en presentar unidos ante un invasor cualquiera, los contingentes guerreros que estas tribus le proporcionan.

Las costumbres de los afganos son muy semejantes á las de los demás pueblos mahometanos. La poligamia entre ellos es cosa corriente; pero de que abusan generalmente menos que los demás partidarios del Profeta. La gente popular de ordinario se contenta con una mujer; los más acomodados tienen dos, y los jefes con frecuencia sostienen numerosas concubinas, sin caer en los excesos á que se entregan en este punto los persas y los turcos.

La literatura afgana propiamente tal no existe, más no por esto deja de haber en el país hombres instruidos y apreciables artistas.

La ciudad de Cabul, capital del Estado y donde reside el emir, es de antigua fundación y ocupa una deliciosa ó importantísima situación en el centro de una elevada planicie, rica en todo género de producciones, y sobre la cual se cruzan los caminos del Turkestan, la India y la Persia, constantemente recorridos por caravanas que hacen el comercio entre estos países. El número de sus habitantes se eleva á 60.000; mas bajo este punto de vista es más importante todavía Kandahar, que cuenta hasta 100.000 almas, y es la más industriosa de las ciudades del Afghanistan. Su posición estratégica es de tanta consideración que los ingleses destruyeron sus fortificaciones cuando en 1242 se retiraron del Afghanistan, tras la larga guerra que en él sostuvieron desde 1837 con objeto de extender su influencia en el país, tomando partido por uno de los bandos que le traían dividido.

Otra ciudad importante es Ghaznah, situada en el camino de Kandahar á Cabul, en la planicie más elevada del Afghanistan y cuyo clima, por consiguiente, es sumamente frío y desagradable. Ghaznah fué el centro y corte de los sultanes Chaznavides; mas hoy sólo es una sombra de aquella esplendorosa ciudad. Cuenta 12.000 habitantes. El considerable número de sepulcros de personajes célebres por su santidad entre los mahometanos han valido á Ghaznah el título de la segunda Medina. También está fortificada.

Otras muchas ciudades, como Herat, Ghilzi, Kundor, Gaizabad y Girishk, tienen también su importancia estratégica é industrial. Mas no hemos de extendernos por hoy más, pues nos parece suficiente lo que antecede para tomar una ligera idea del país en que probablemente rusos é ingleses van á ventilar los graves intereses que para ambos entraña la cuestión de Oriente, problema pavoroso que aún queda en pie, después de las batallas de Plewna y de las conferencias de Berlin.

RAMÓN CHÍES.

CUADRO DE INVIERNO

Juan era honrado: se asoció á uno que no lo era, y perdió su modesta fortuna. Historia antigua, siempre nueva, que desmiente á los defensores de la experiencia como enseñanza y consejo.

Ya arruinado, quiso buscar un empleo, puesto que ni sus hábitos ni su carácter le permitían dedicarse á ninguna de las infinitas ocupaciones que dan provecho si quitan honra. Sus amigos, á quienes acudió, le rechazaron. Historia antigua también, que se reproduce invariablemente en casos idénticos.

Sin esperanza y falta de recursos, se refugió con su familia en un piso cuarto, estrecho y mal distribuido, y en él esperó á la Providencia, que sin duda ocupada en atender á otros desgraciados, tardó bastante en presentarse.

Al fin se presentó. Un día más de tardanza y Juan hubiera dudado de ella. No es dable á todos los hombres conservar la fé en trance tan amargo.

Se presentó disfrazada de agente de negocios que necesitaba un escribiente con buena forma de letra, instrucción y moralidad. Juan

reunía estas circunstancias, y entró á ganar ocho reales diarios, trabajando desde las ocho de la mañana á las diez de la noche.

No se arrepintió de haber estado á punto de dudar de la Providencia, pero recobró alguna esperanza.

Su trabajo no producía bastante para que vivieran los suyos; pero impedía que muriesen dentro de corto plazo. La muerte dejaba de ser una letra pagadera á la presentación para serlo á tantos días fecha.

Todo esto ocurría en el mes de Mayo. En el de Noviembre, y por haberse negado Juan á ejecutar un acto que podía deshonrarle, fué despedido de la casa donde trabajaba.

Llovía á mares, y Juan, calado hasta los huesos, penetró en su desmantelado cuarto, donde el frío helaba las lágrimas que vertía su esposa al besar con amoratados labios la frente de una niña de cinco años, que respiraba fatigosamente en su regazo, presa de fuerte calentura.

Juan quedó aterrado: dejóse caer sobre una desvencijada silla, y sepultó la cabeza entre las manos.

Así permaneció algún tiempo: de cuando en cuando afirmaba sus codos en las rodillas, cual si sus brazos no pudieran soportar el peso de la cabeza.

Deprónto experimentó un fuerte sacudimiento: era que la voz débil y entrecortada de su hija llegaba á su oído. Escuchó.

Cuatro días antes había pasado con ella de la mano por delante de una tienda de juguetes y la niña se extasió ante una hermosa muñeca, primorosamente vestida. Desde entonces la recordaba á cada instante, y de esto hablaba á su madre.

Los ojos de Juan se llenaron de lágrimas. Su esposa que lo contemplaba no se atrevía á interrogarlo. La niña seguía hablando de la muñeca.

Sin moverse de la silla, Juan examinó con la mirada cuantos objetos había en su habitación. El importe de todos juntos, no bastaban para satisfacer el deseo de su hija, y esto contando con que alguien quisiera comprárselos. Además, eran ya las doce de la noche, y nada podía intentarse.

El viento azotaba entretanto las paredes del edificio, y la lluvia golpeaba fuertemente los cristales. Era una noche triste.

Tan ensimismado estaba Juan, que no advirtió el chisporroteo de la lamparilla al apagarse, ni pudo ver el medroso aspecto que presentaba la habitación con las oscilaciones de la luz, que se extinguía, reflejando á intervalos en la pared el contorno de su esposa y su hija, ésta respirando fatigosamente y sollozando aquella.

La primera luz de la mañana hirió sus encendidas pupilas, permitiéndole fijarse en aquel doloroso cuadro. Se acercó á su hija que continuaba hablando de la muñeca; la besó en la frente, reflexionó un momento, y bajó á la calle.

Eran las siete de la mañana, y tuvo que esperar tres horas para ver á los amigos que le habían despreciado en otro tiempo. Pensaba hablarles de su hija, pero no consiguió ver á ninguno: su semblante desencajado y pálido le cerraba todas las puertas.

Instó más tarde. Nada.

Volvió á su casa.

La niña seguía expresando su deseo de tal modo, que parecía depender su existencia de su realización. La madre hacia esfuerzos para no llorar.

Juan, sin pronunciar una palabra, hizo como que buscaba algo, y volvió á salir. En esto ya mediaba la tarde.

Vagó por diferentes calles de la población, pasando varias veces junto á la tienda de juguetes, y parándose en ella. La muñeca estaba allí, ostentando orgullosamente este aterrorador letrero: 80 reales.

En el camino que maquinalmente seguía, encontró un templo y penetró en él, arrodillándose en las húmedas losas del pavimento. Mucho tiempo permaneció de aquel modo mi-

rando a una imagen de la Virgen con el niño Jesús en los brazos.

Salió, y después de vagar de nuevo por las calles, se paró ante la tienda de juguetes. Su mirada parecía atraer la muñeca deseada por su hija.

Una niña muy elegante entró con su padre en la tienda y eligió varios juguetes, entre ellos la muñeca que él consideraba como la salvación de su hija. Juan siguió al hombre y a la niña.

Los seguía tan de cerca, que escuchaba las exclamaciones de alegría lanzadas por aquella inocente. Cada palabra le punzaba en el corazón.

En dos ó tres ocasiones se llevó la mano al sombrero como para descubrirse y suplicar algo al hombre aquel: pero se detuvo.

Iba oscureciendo.

En el corto espacio de tiempo que media entre las primeras sombras y la iluminación de las calles, Juan se pasó las manos por la frente varias veces, como queriendo alejar de sí un pensamiento.

El padre y la hija desaparecieron en la sombra de una calle estrecha, y Juan desapareció también.

Instantes después oyéronse rumores extraños..... un hombre corría perseguido por otros..... Voces denigrantes se pronunciaban á su lado.... pero él corría, corría con toda la velocidad de que es capaz el hombre que lleva las manos cruzadas sobre el pecho...

Por fin fué detenido.... Al tratar de sujetarle á la espalda los brazos, que oprimía tenazmente sobre el pecho, cayó al suelo... *una muñeca!*

Hoy los chiquillos se ríen de un loco inofensivo que recorre apresuradamente las calles de la población con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada centelleante de alegría y la mejilla coloreada por el rubor y la vergüenza.

JOSÉ NAKENS

BELLAS ARTES

RICARDO BELLVER

Otro de los escultores que labran diariamente con el cincel una corona de estatuas que ofrezca en su frente á la posteridad el arte español contemporáneo, es Ricardo Bellver. Aunque posee también este artista una paleta primorosa, la magia de los colores cede en él ante la ciencia de las líneas escultóricas. El barro, el yeso, el bronce, la piedra, han recibido con docilidad extrema, con infinita gracia la impresión de sus manos, convulsionada, por la fiebre inspiradora. Los lienzos guardan, de igual modo, huellas luminosas de su genio. Pero la pintura no es más que un recreo suyo; la estatuaria, toda su gloria.

Ha abarcado este arte de atletas en sus términos más opuestos. Como nidos de sus obras, tiene á su disposición dos talleres. Uno vastísimo, de elevado techo, de luces de rayos, de rudos esfuerzos, en que se oye el hierro mordiendo el mármol. Otro, no tan grande, de claridades tibias, de atmósfera silenciosa, discreto y pudoroso, donde la estatuilla de salón se envuelve en paños húmedos, que velen y refresquen sus carnes de tierra. Del primero salen héroes y satanes; del segundo, ángeles y muchachas.

Vigor y elegancia son, pues, distintivas cualidades del talento de Ricardo Bellver. Fuerzas impulsoras de la creación artística, veríanse tal vez reducidas, á arranques potentes, á maravillosas delicadezas, si en el camino de la ejecución no fueran acompañadas por otras condiciones. Felizmente nótese extraordinaria observación de las cosas reales en las composiciones de este artista. El pensamiento, que domina atormentador en su cerebro, entre sus dedos se esclaviza, flexible y sonriente. Allí es un bloque; aquí una filigrana.

Un espíritu, profundamente cultivado, viene á poner en todo esto, un punto de seguridad incontrastable. La vida antigua, en lo que más tiene de trágico ó de misterioso, se ha revelado á su mirada inteligente. Del gusto moderno, lleva á sus producciones el soplo que respiramos, perfumado, muelle, sensual, exquisito. En ellas se siente la colaboración del pergamino desenterrado en la biblioteca, y del compás de una imaginación que, midiendo los sueños, borda las realidades.

Un examen de sus obras juzgará de lo dicho.

El templo de San Francisco el Grande, una vez terminado, será un rico archivo de obras artísticas contemporáneas. Sin las grandezas ni altos destinos de la Basílica de San Pedro, en Roma, podrá sin embargo, jactarse de haber convocado, para su ornamentación, á la mayor parte de los artistas más notables de esta época. En anteriores artículos, hemos hablado de escultores y pintores empleados en revestir y decorar las paredes de aquella iglesia, con lienzos y estatuas. D. Ricardo Bellver tiene también participación en esta labor variada y hermosa, en que parece haberse sujetado la independiente personalidad del genio á una idea común de arte supremo.

Dos son los trabajos que dedica á San Francisco el Grande el escultor Sr. Bellver; las estatuas representando los apóstoles San Andrés y San Bartolomé. El primero es una figura admirablemente armónica. ¿No es su distintivo legendario una cruz en aspa? Pues toda la estatua, por cualquier lado que se la mire, presentará esta forma de instrumento de los primitivos martirios cristianos.

Acercando más la vista, vemos en San Andrés un hombre de temple enérgico, de ardores de fe natural, sencilla, pero no menos poderosa. Está colocado en actitud de desafío al tirano que le condena á morir por su creencia inquebrantable. Adelanta el brazo derecho desnudo; afirmase con el otro en la cruz; empuja un pié, calzado de sandalia; hunde los ojos en sus órbitas con reconcentración de amenazadores reproches; la verdad que combate deja escapar por sus labios, arqueados para las sonoridades de la elocuencia. Hay en este santo algo del tribuno moderno. Su barba desmadejada sobre el pecho en masas, como vellones; su calva cabeza; las ramas de venas que se entrecruzan en su frente: el óvalo perfecto del rostro, que le da corte griego; su vestimenta sacerdotal, en fin rematan su carácter de religión, atenuando todo aspecto profano.

Las ropas con que el escultor ha reproducido este personaje del Evangelio, son un alarde de exactitud histórica. No es posible sustituir, sin pecado de anacronismo, por otra vestimenta, la *pénula*, ó casulla con capucha, la capa que se revuelve sobre los hombros en pliegues aéreos. Sin ser todavía el hábito del presbítero que será cortado, á uso de ahora, por modas de ritos posteriores, aquella faldamenta rígida tiene tiesuras y bordados del tisú de oro, de la tela adamasca, que hoy bruñen la piedra delantera de los altares. Todo ello, rasgos y miembros, movimiento de ropaje y disposición de la figura, está expresado por líneas salientes, de tirantez vigorosa, que desarrolla por completo la doble idea de predicación y martirio.

Otro es el género de representación escultórica á que pertenece San Bartolomé. Aunque igualmente se ofrece con el instrumento de su suplicio, la cuchilla, él es un mártir que no resiste, que se semete resignado, con dulzura, murmurando oraciones, diciendo humildemente su doctrina á las gentes. Es viejo, endeble, descarnado, de cabeza pequeña, pelo corto y rizado, de brazos flacos, en que los nervios se acentúan visiblemente, su cuello descubierto muestra el hoyuelo bordeado de tendones.

Viste escrupulosamente el traje hebreo. Cíñe su cuerpo una túnica, que no baja de las rodillas. Echase de airosa manera atrás un manto. Una faja, con cordones, rodea la cintura, cayendo vistosamente á un lado los lazos. Por último, larga banda de papiro, donde se

suponen escritas las enseñanzas de Cristo, se desliza sobre el pecho. Adviértese singular elegancia en esta figura. Es esbelta, contemplada desde los piés, estrechamente unidos. Graciosa, examinada en el tronco del cuerpo, con los brazos abiertos que quiebran horizontalmente, ensanchando el volumen, las recogidas aristas verticales de la base. Es, en suma, idealísima, mirando el rostro, conformado para una expresión de apacible tristeza melancólica. Esta estatua, concebida con tal sencillez, ha tenido que ser ejecutada con prolijo cuidado. Toda ella está esmaltada de detalles de joyería.

Actualmente trabaja Ricardo Bellver en el Monumento á Goya, Donoso Cortés, y Meléndez Valdés. Esta obra conmemorativa será colocada en el cementerio de San Isidro. Compónese de tres tumbas en sentido radical, en las estelas irán los retratos del pintor, del orador y del poeta. Tres geniecillos con símbolos alusivos á la pintura, á la oratoria y á la poesía, acompañarán, á modo explicativo, los bustos de los tres hombres ilustres. Del centro arrancará una columna terminada por un ángel. Todo esto se halla acabado.

Sólo el ángel se mira todavía en boceto. Representa la Fama. Bellver, que es uno de nuestros artistas más originales, no la ha puesto la trompeta en la boca, con los carrillos inchados por el soplo, según es costumbre vieja. El sonoro tubo aparece entre los dedos del ángel, quien, con candidez encantador a se dispone á desempeñar su misión extruendosa. Serpentean sobre el cuerpo del ángel, que es el de una mujer de suaves contornos, de delicadísimas formas, girones de gasas, que revolotean rizadas por el viento. El ángel parece suspendido en el aire, apoyado sólo en la cola de arremolinado sutil traje. Es de una figura aérea, de una vaporosidad de nube, de una vaguedad flotante de pluma. No necesita las perfiladas alas de sus espaldas para volar. Sin ellas se comprende que sube al cielo.

Las obras con que Ricardo Bellver ha hecho brillar su nombre son innumerables. Todos sus envíos de Roma han sido recibidos por la popularidad como testimonios de un talento de excepción. Desde el 74, en que dió como muestra de que no perdería el tiempo en la gran ciudad, su *David*, con la cabeza Goliath, figura en yeso, que pedía el mármol, fueron desfilando como procesión de gloria, el *Busto del Gran Capitán*, de superior grandeza y fabuloso detallado; *El entierro de Santa Inés*, relieve maravilloso, en que el cadáver de la santa, envuelto en atirantado sudario, aparece en una cabicula de las catacumbas, rodeado de cortejo fúnebre del historiador, la diaconesa, el sacerdote; el *fossor* y la virgen, que sostiene la lámpara y la ampolla de sangre; *El Ángel caído*, satánica creación, gigantesco golpeo del cincel, estatua en que se personifican, con fuerza de atleta, todas las luchas desesperadas de la tierra, por medio de un ser, de procedencia fantástica, de músculos humanos, revolotándose entre rocas crugientes las carnes con la retorcida serpiente que le encadena interminablemente, apretando nudo tras nudo, tronchadas las alas, encima el cielo sin puertas, la ira estallando por la boca en truenos de maldición; y, por último *Sebastian Elcano*, heroica figura, también sellada con la rudeza del combatiente, pero más serena que la anterior, de mirada exploradora, con una mano en el timón, y la brújula en la otra, riquezas de nuevos mundos á los piés, calzados con altas botas de cuero; cortadas por arriba en almenas, con la capa aguadera asturiana á la espalda, la boina derribada sobre la frente, y la barba puntiaguda, aire marcial, conjunto todo ello de caballero y navegante.

Aún que lan por enumerar otras tantas obras maestras. Recordamos, entre ellas, el *Sepulcro del cardenal Lastra*; el *Tránsito del justo*; el *Sepulcro de la esposa del escultor*; el *Ángel del panteón de Gándara*, la *Virgen del Rosario*; de la parroquia de San José; un boceto, en yeso, de Velázquez, una *Guarda-agujas*, figurita en barro cocido; *El botín*, grupito de un turco y una mujer; *El idilio*, bajo relieve en

yeso, ejecutado á los diez y seis años, y que es un primor, *Brindis del torero*, y en fin la magistral escultura, en piedra, *La Asunción de la Virgen María* alto relieve con destino al tímpano de la puerta principal de la catedral de Sevilla.

Medallas, bustos, retratos, estatuas, relieves, mausoleos, bronceos, yesos, mármoles, terracotas, cabezas de estudios, modelados, cuadros de paisajes ó de figuras, todo lo que entra en el dominio de la escultura y de la pintura, es asunto de actividad para el genio de Bellver. Muchos artistas ponen barreras insuperables entre una arte y otra. Algunos, no las creen tan antagónicas, las dan las manos y las llaman hermanas. Bellver no las juzga ni enemigas ni parientes; en su inteligencia, todas las artes son una. La línea, el contorno, la nota, el color, son como elementos de una misma sustancia que llevan la vida por el organismo de la belleza. El lenguaje usual emplea términos de artes aparentemente contrarias. «Hay armonías brillantes,» «notas de color,» «formas cadenciosas.» La retina y el oído son, pues, una misma cosa para el alma del artista.

Ricardo Bellver profesa y practica estas verdades. Su pensamiento y su ejecución tienden constantemente á la armonía. Sumodelado guarda siempre los espesores relativos. El relieve vigoroso, como el toque fino y flexible, son desempeñados por él allí donde la naturaleza lo reclama. Cada parte de sus obras hace valer la que tiene al lado. No se encuentra en sus figuras buscadas actitudes, fugas de la verdad en pos del efecto. Truncaña cualquiera de sus estatuas, y dispersados los pedazos, con un solo fragmento se podría reconstruir el original entero. En sus obras no es bello tal ó cual trozo; lo son todos. El pié de un ángel equivale á sus alas. La mano de una mujer conduce á su seno. Todo esto es la perfección; y el artista que tal hace, crea un mundo de cosas perfectas.

JOSÉ DE SILES.

EL RECLUTAMIENTO MILITAR (1)

SEÑORES: Un asunto de alto interés técnico á la vez que de indudable trascendencia social, motiva mi presencia de nuevo en este sitio, al final ya de este laborioso período, en que el Centro militar tan evidente prueba ha dado de la inteligencia con que, lo mismo las más altas jerarquías de la milicia que los más modestos oficiales, en armonioso consorcio, trabajan aquí por el esplendor y perfeccionamiento de las instituciones militares, atentos sólo al interés supremo de la patria.

En este período de porfiadas luchas, en que los problemas políticos absorben totalmente la atención pública, mientras que las leyes que afectan directamente á los más grandes intereses sociales, á nadie preocupan ni de nadie obtienen la atención, permitidme, señores, que dedique breves momentos á analizar un problema—el de reclutamiento que se encuentra en estos momentos de nuevo bajo la acción legislativa; por la iniciativa del gobierno de S. M. No lo haré ni en crítica ni en censura de nada, sino sólo con el objeto de ayudar la acción legislativa iniciando en la opinión aquellas reformas y marcando los conceptos científicos que una vez demostrados, deben llegar á traducirse en preceptos legislativos. Para esto, y dada mi inexperiencia, necesito hoy, como nunca, del favor que espero de vuestra benevolencia.

No conozco, señores, problema superior al del reclutamiento. Por él extraemos valiosos elementos de la sociedad civil, con los que constituimos la sociedad militar, naciendo de este doble concepto su propia importancia militar, como acción base de toda organización del ejército, á la vez que de trascendencia social, por la influencia que tiene en el movimiento de población, tan digno de constante estudio; pues que la exacta ponderación de la vida, represen-

tada por un balance, cuyo haber son los nacimientos y las emigraciones, y cuyo déficit lo forman las defunciones y emigraciones, depende de la riqueza de un pueblo. Precisa, pues, que el reclutamiento llene las condiciones de su objeto sin perturbar, sino antes bien favoreciendo dicho movimiento de renovación social, en que juega papel principalísimo la proporción en el número de los matrimonios como natural elemento de procreación.

A la demografía y á la higiene habremos de pedir los datos para dilucidar este asunto. De la primera ha dicho un sabio higienista inglés, que es la contabilidad de la higiene, y desde luego comprenderéis que ella sola no nos basta, pues los números nada representan sin un estudio exacto de la naturaleza de los sumandos, que permitiendo analizarlos en sus condiciones esenciales, como en aquellas que son circunstanciales, y en las leyes que rigen los fenómenos, los convierten en unidades homogéneas, susceptibles luego de comparaciones análogas y diferenciales, para elevarse al concepto general de su valor efectivo. Sin esto, la estadística sería sólo, como ya se ha dicho, la filosofía brutal de los números. En cuanto á la higiene, ella sola demuestra el grado de cultura y de bienestar social de un pueblo. Recordar si no lo que fueron en Atenas las instituciones de gimnasia, y lo que valieron á Roma sus grandes creaciones de higiene; al paso que el olvido de unas y otras durante el oscuro período histórico de la Edad Media, que representa el atraso en todas las manifestaciones de la vida del hombre: trajo consigo la lepra, la peste y la irrupción de la sífilis en Europa, en el siglo décimoquinto.

Tan cierto es y tan demostrable el valor productor de la vida humana, que sólo os recordaré que si en Francia murieron el mismo número de individuos de 15 á 30 años de edad que en Alemania, economizaría la primera 15'121 existencias por año. Es decir, que bien podría consolarse de la pérdida de un departamento de la Alsacia, si fuera á cambio de obtener el estado de la población de Alemania, que la permitiría utilizar el exceso como elemento de producción aprovechable en su territorio continental ó colonial. Así, Alemania, que cuenta con 343.000 niños más, que en Francia en proporción de población, gasta con ellos 1.376 millones, que le aseguran una producción superior á esta suma.

Partiendo de estas bases y conocido mi objeto, estudiemos el problema. El reciente proyecto de ley de reclutamiento es un progreso notable en su aspecto militar y administrativo, pues tiende á armonizar las operaciones del reemplazo con la nueva organización militar. Confía á los Ayuntamientos las operaciones preliminares de alistamiento y de alegaciones legales, y á las Diputaciones provinciales la revisión de estos trámites y el fallo de las apelaciones de los actos del tribunal inferior. A la antigua declaración de soldados que hacían antes dichas Diputaciones con el sorteo y entrega en caja, sustituye la nueva ley de la declaración de soldados sorteables. En lo sucesivo se limitarán á resolver los expedientes de excepción legal, y los de aptitud física; pasando una relación á los jefes militares de las zonas de su demarcación de todos los mozos sorteables. Desde este momento el jefe de zona cuida de las operaciones del reemplazo, presidiendo el sorteo y la entrega. El cupo se fija por el contingente ya efectivo de la zona, y el sorteo es único en lugar del triple que se verificaba antes; sirviendo por orden correlativo de ese sorteo único, los primeros en Ultramar, los siguientes en los cuerpos activos y los restantes como excedentes, siempre disponibles en las reservas.

Como veis, se simplifican mucho las operaciones y se limitan las funciones de las corporaciones civiles, dando mayor intervención á las autoridades militares desde el límite mismo en que empiezan las operaciones del reemplazo militar.

Estos preceptos, recuerdan por su analogía los de la ley alemana, que comprende preparación, revisión y saca, que corresponden aquí

respectivamente á las operaciones de los Ayuntamientos, Diputaciones y jefes de zona. También en Alemania van influyendo menos las autoridades civiles á medida que avanzan las operaciones de recluta, cediendo la dirección á la autoridad militar que en todo caso tiene intervención, con representación en cada trámite, del jefe de zona de recluta, del de brigada, y del cuerpo de ejército. En cuanto al sorteo, la ley española recuerda la ley austriaca que lo establece para marcar el contingente activo y el excedente de reserva. En Alemania como en Austria, el sistema es puramente regional, superior en mucho al general de que van prescindiendo Francia y España. En ésta, si bien se admite el voluntariado; es, en sus relaciones con el Consejo de redenciones y enganches, sosteniendo aún la redención á metálico y la sustitución personal, principios que pugnan con el del servicio general obligatorio. Páreceme que sería conveniente admitir el voluntariado de un año de la ley austriaca, para aquellos individuos que, demostrando su instrucción en ese período, optasen por librarse así del más largo servicio activo.

El ejército debe constituirse con todos los elementos utilizables de la nación; pues como organismo desenvuelto necesita de aquella heterogeneidad apropiada para la diversidad de funciones; pues sabido es, que en los organismos de constitución homogénea las funciones no logran la especialización propia de los seres superiores. El ejército formado por todas las clases, serviría á todos los intereses. La patria es al mismo tiempo el terreno que cultivamos, el hogar en que vivimos, la naturaleza de nuestro carácter, la particular expresión del lenguaje, la fe de nuestros cultos, la tendencia que marcamos al arte, el ideal que perseguimos en el concierto social, y aun los sentimientos que infundimos en la conciencia universal. Pues si todo esto la constituye, como representación de todos los intereses y expresión del carácter nacional, todos debemos servir en el ejército, para sirviendo á la patria servir al conjunto de nuestras aspiraciones é intereses.

Si admitimos la excepción del que puede redimirse á metálico, ¿por qué no admitir la del que tiene sólo el capital de una gran capacidad intelectual? ¿Pero es que en el ejército, ó no sirven ó no son necesarios los primeros elementos de la Sociedad civil? No, señores: aquí se necesita de la inteligencia y de la instrucción, para que el obrero, en contacto con las clases acomodadas, sólo aquí posible, aprenda aquellos hábitos de costumbres, y para que unas con otras clases en mutuo consorcio logren aquel espíritu de respeto y de emulación propio de la vida colectiva. Recuerdo, señores, entre mis primeras impresiones, que al penetrar por las amplias galerías del cuartel de Leganés y contemplar los soldados del regimiento de Mallorca, ocupado entonces en estudios de reforma táctica, pensaba yo que no había otra escuela superior para el ciudadano; pues en el respeto y en la subordinación á los jefes veía en el soldado el reconocimiento del principio de autoridad, en su trato mutuo, el del principio de fraternidad, y en el modo cómo se prestaban gustosos á la instrucción y al cumplimiento de sus deberes militares, el mejor y más sólido cimiento del amor al trabajo y del hábito del cumplimiento del deber. Y no se diga que también comete el ejército trasgresiones del deber. Que cuando hablamos de la sangre que en el cerebro estimula la ideación no hablamos de la apoplejía que ha de abolirla y matar; ni cuando nos referimos al rocío bienhechor de la fecundación, no lo hacemos del huracán que destruye la semilla.

Salvados ya estos puntos que me eran difíciles, vamos á pasar á otros asuntos en los que me encuentro más en terreno propio por referirse á la especialidad de mi deber profesional.

La edad de ingreso en el ejército merece especial atención. El sucesivo desarrollo orgánico no es, sino una evolución, en cuyo ciclo se determinan períodos que constituyen las edades. A cada una de estas corresponden ca-

(1) Conferencia explicada en el Centro del Ejército y de la Armada por su autor el 23 de Mayo de 1885.

racteres especiales: así, en la primera niñez la dentición y el desarrollo de las aptitudes digestivas señalando su fisiología determinan también su patología, que queda reducida á alteraciones digestivas y al tubérculo meníngeo debido á excitaciones nerviosas; meningitis tuberculosa que todos sabéis es la afección más temible de la infancia. Posteriormente ocurre en lo fisiológico el desarrollo locomotor que trae en lo patológico el tubérculo de los huesos. Siguiendo en la evolución del crecimiento, llegamos mediante el período de adolescencia, que es de transición, al de juventud, en el cual el desarrollo de los estímulos genésicos y de la función reproductora imprimen tal carácter en ambos sexos, que realmente constituye la época más crítica y el conflicto más grave en la vida del hombre. Del normal cumplimiento de esas funciones, y de la tolerancia de dichos estímulos, depende el término de la juventud en las condiciones apropiadas para entrar en el período de virilidad que la sigue y que es ya de consistencia orgánica. Pues teniendo en cuenta el cuidado que exige dicha juventud, que no termina hasta los 25 años en que se completa el crecimiento, y recordando que es la época del desarrollo del tubérculo pulmonar, conveniente será procurar no alterar este período con cambio tan radical como supone el régimen de la vida militar. Mas como otras razones de carácter social han de influir también en esta determinación, habidas unas y otras, sentaremos la conclusión, de que, si bien dentro del período de la juventud es preciso fijar la edad del servicio lo más aproximado posible al período de consistencia ó de virilidad. Paréceme, por tanto, prematura la edad de 18 años, que la ley establece para los voluntarios, á menos que se fijasen determinadas condiciones de desarrollo, y encuentro preferible la de 20 años cumplidos, para voluntarios y sorteados, tal como se verifica en Alemania, en donde á los 17 años se declara á los reclutas *obligados á las armas* y á los 20 *obligados al servicio*.

Estos conceptos, me conducen con lógico encadenamiento á tratar del matrimonio. No es indiferente ni debe dejarse al acaso, el señalar en la ley prohibiciones ó limitaciones al matrimonio, atendiendo sólo al interés del reclutamiento ó de la movilización de las reservas; sino que precisa tener en cuenta el interés higiénico sobre la población civil. La edad media de los casamientos es, en Francia á los 28 años, en Inglaterra á los 25, en Bélgica á los 30, y en Holanda y en Italia á los 29. Antes de los 20 años, el matrimonio da gran mortalidad, mientras que pasada esa edad, mueren más solteros y viudos que casados. La locura es doble frecuente en los solteros que en los casados, la criminalidad casi igual, y el suicidio como 100 en los casados como 111 en los solteros, y como 256 en los viudos. Por estos datos comprenderéis que el ejército debe restringir la cifra de los casamientos en menores de 20 años, pero en cambio no impedirlos pasados los 25; por lo que encuentro perfectamente los preceptos de la ley, que llenan ambas condiciones, pues que no impidiendo el matrimonio sino en los seis años de situación activa; dada la edad de 19 del ingreso resulta que á los 25 ninguna traba hallan en la ley.

Dada esta condición de edad, analizaremos las excepciones; así las llamadas legales como las físicas. En realidad todas son excepciones legales puesto que lo son por ministerio de la ley que las establece.

Entre las llamadas legales se comprenden las referentes á seminaristas y eclesiásticos, y aunque nada debo decir con respeto á estas clases que me son respetabilísimas, sí he de consignar que así como se dispone que aquellos que recibiesen órdenes sagradas mientras están en la reserva desempeñen las funciones de su ministerio, en el caso de ser llamadas aquéllas á las armas sería justo reconocer el mismo derecho á otras clases profesionales que como los médicos, ingenieros, etc., no sólo son acreedores á ello, sino que podrían prestar al ejército más importantes servicios que como soldados de fila; pues así Alemania tiene sin

costarla un céntimo, más de 2.000 médicos en su reserva.

El grupo más importante de excepciones es el que en concepto de elementos no utilizables comprende las enfermedades que imposibilitan para el servicio militar.

Tarea difícil y por demás complicada es la formación de un cuadro de esenciones físicas. En los que sucesivamente han regido, se han reflejado las tendencias, más ó menos restrictivas, que informaban las leyes de reclutamiento y aun las de organización del ejército. Entiendo yo que sería conveniente que los médicos de los cuerpos estudiaran aquellos afectos que una observación atenta demostrase ser incompatibles ó inconvenientes con la vida militar, y de este modo, el resultado de esta amplia información durante dos años, daría la base del trabajo sintético de formación del cuadro.

No entraré ahora á analizar las bases de excepción, pues siendo un estudio enteramente médico, cansaría, vuestra atención; pero si he de consignar que los médicos militares necesitamos la exclusiva en la redacción del cuadro. No basta poseer grandes conocimientos médicos; es preciso, además, haber vivido con el soldado y apreciado la resistencia que necesita en relación con la fatiga del servicio; por lo que entiendo que sólo los médicos militares, sin intervención del elemento civil pueden realizar este trabajo. Del mismo modo precisa que la declaración definitiva de aptitud física sea hecha sólo por los médicos militares; los que solos intervienen en Alemania en todas las operaciones del reclutamiento desde su comienzo. Dada nuestra organización administrativa civil, podría dejarse la intervención exclusiva de los médicos civiles en las operaciones de recluta que corren á cargo de las corporaciones civiles y reservar para nosotros en revisión y fallo definitivo la intervención en las que efectúan los jefes de zona militar; es decir, lo contrario de lo que establece la ley en proyecto, que tiene en esto una contradicción con el sistema adoptado en la participación del elemento militar.

Señores: Aquí donde es frecuente suponer al ejército falta de instrucción cuando existe mayor que en otras clases sociales, es preciso que nos expresemos con claridad y declaremos sin rodeos, que hoy el ejército cuenta con un cuerpo médico que, salido de los más brillantes de las Universidades, debe su puesto á rigurosa oposición de ingreso, y de donde pasan sus individuos á ser catedráticos distinguidos en las Universidades del reino. Dicho sin ofensa de nadie, no sospechable de mi parte, es llegada la hora de reclamar los medios necesarios para desenvolver toda nuestra acción en el cumplimiento de nuestros deberes. Vosotros no extrañaréis esta declaración en mis labios, pues sabiendo que toda regla tiene su excepción, os consta que prescindiendo de mi personalidad—la más oscura del cuerpo—es una verdad lo que he consignado.

La utilidad ó inutilidad del recluta, debidamente apreciada, debe ser definitiva ó temporal, procurándose que existan siempre medios fáciles de revisión por los que pueda modificarse la declaración primitiva. En este principio se fundan, el precepto de la ley, que establece la revisión durante tres años, y las reglas para la declaración de inutilidad dentro del ejército. Mas sería preciso fundar estos preceptos en más amplio concepto y razón científica; pues en lo actual descúbrese más bien un fin administrativo y fiscalizador que no una razón médica. Conveniente sería también establecer excepción de determinados servicios, así como se fijan para el servicio activo en relación con la reserva, en lo que se llama reclutas para el caso de guerra; clase análoga á la de utilidad condicional de la ley alemana.

En la determinación de exenciones físicas existe un punto de importancia capital acerca del cual la ley es muy deficiente. No basta que los reclutas no padezcan ninguno de los defectos ni enfermedades comprendidos en el cuadro de exenciones, para juzgarlos por esto aptos para el servicio militar; pues ocurre con frecuencia que individuos á quienes no se puede

comprender por afectos determinados en ninguno de los números del cuadro, considerados en su estado general, resultan sin el grado de resistencia necesario. Acero mal templado, defectos de construcción, debilidad orgánica que los constituye en terreno abonado para el desarrollo de la tisis tuberculosa.

Indica esto bien claramente, que es preciso estudiar el estado de la constitución individual, para, apreciada la resistencia orgánica del recluta, no admitir en el ejército á aquel que no la reuna en el grado conveniente. Empiezo por declarar que es arduo problema, el fijar este grado de desarrollo necesario y más aún el de los medios de apreciarle; pero algunos datos científicos permiten llegar á conclusiones aceptables, y algo han realizado ya otros ejércitos que sería conveniente ensayar en el nuestro, sacando á la ley española del notable atraso en que se encuentra en este punto.

La nutrición es una función compleja, en la que aparte de otras circunstancias, intervienen dos factores principales, la similitud bromatológica y la alimentación respiratoria. Ambos elementos—alimenticios y respiratorios—suministran los materiales de nutrición con que se sostienen las energías funcionales y las renovaciones incesantes de la materia. Cuando me ocupé en este sitio de la alimentación del soldado desarrollé este tema, acerca del cual sólo haré hoy consideraciones de aplicación á el objeto que trato de dilucidar.

Todos sabéis, que así como existe una metamorfosis constante de la materia, con incesantes cambios, existe también una correlación de las fuerzas. Al combinarse como al separarse los elementos materiales cambian las fuerzas de tensión que los une por fuerza viva resultante de su desunión. Así, por las condiciones y modo de ser de su asimilación, el vegetal trasforma la fuerza viva en de tensión, mientras que el animal cambia la detensión en viva; sin que en estos cambios se altere la constancia de la fuerza que viene á traducirse por el equivalente mecánico del calor; pues que en el animal la combustión produce calor y movimiento. Pues si partiendo de estos conceptos formulados por los trabajos de Helmholtz, Mayer y Tyndall nos dedicaremos á apreciar el grado de asimilación por el peso del cuerpo, y de capacidad respiratoria por la medición del perímetro del pecho, llegaríamos á saber el grado de residencia y la capacidad de trabajo; sabiéndose ya como se sabe que el trabajo mecánico corresponde un 1/2 del carbono consumido.

Para apreciar el desarrollo general sólo existe en la ley española la talla, que por sí sola no es dato. Veamos la establecida en diferentes ejércitos:

Inglaterra..	1.600
América del Norte.	1.600
Alemania, era 1.579 y la han elevado á.	1.621
Bélgica.	1.570
Italia.	1.560
Austria, era 1.533 y la han elevado á.	1.553
Francia.	1.540

Como veis se tiende á elevar la talla. En la ley española se sujeta á la revisión por tres años á los que alcanzan 1.500, y se fija la del servicio en 1.545.

La talla guarda alguna relación con la raza, pues así se observa que es mayor en la raza anglo-sajona que en la raza latina. Un hecho no explicado aún es la oscilación que en determinados periodos experimenta la talla, ya aumentando ó decreciendo en la misma raza. Creemos que aun sería compatible con las necesidades de nuestro contingente activo elevar algo más la talla, pues si estudiamos el número de los que se eximen por falta de ella, veremos que es el 9 en Alemania, el 12 en Bélgica, el 10 en España, el 14 en Austria y el 2 en Francia. La ley española establece la talla vertical, con la que son posibles disminuciones pasajeras mediante ejercicios bien dirigidos. Pues una vez que fija penalidad para los que así pretenden eludir el servicio militar, preferible sería adoptar la talla horizontal, como se practica en Norte-América, con la que se obtiene la resolución muscular impidiendo todo fraude. Siquiera para los casos dudosos debía adop-

tarse, dando el derecho de exigir su aplicación á los interesados en el reemplazo, así como se les reconoce el derecho de apelar de los fallos de exención física.

El perímetro del pecho parece guarda en el orden fisiológico una relación con la estatura; y de aquí que en varios ejércitos, se halla apreciado como dato. En su medición existen sin embargo motivos de error dependientes del estado de contracción muscular, del desarrollo del tejido grasoso subcutáneo ó perimamario, del estado de vacuidad ó plenitud del estómago y de otras causas; por las que, los higienistas difieren en la apreciación de este dato. Para evitar esos errores dáse la preferencia al espirometro sobre la medición periférica; mas como los ensayos espirométricos exigen tiempo y elementos no fáciles de disponer en las rápidas operaciones de recluta, sería preciso limitarlos á los casos determinados de duda ó de observación. Cálculase en un doble del perímetro la talla en condiciones normales. En menor edad y menor talla debe siempre medirse. Así lo practican Inglaterra desde 1864, Prusia desde 1865, y Austria desde 1867. En mi conferencia anterior os hablé de unos estudios realizados por mí en el regimiento á que antes me he referido; pero como los datos y observaciones mías no tendrían tanto valor como los que voy á leer, me valdré de los recogidos por uno de los más distinguidos jefes del cuerpo de sanidad militar, el Sr. Espala, en observaciones minuciosamente hechas por él en el hospital militar de Madrid en 1.000 soldados. De estos 1.000 resultaron 37, con un perímetro inferior á 79 centímetros. De estos 37, había cuatro con 72 centímetros, y fueron baja por tuberculosos y escrofulosos, y ocho con 74 que lo fueron por debilidad, tuberculosis imbecilidad y epilépticos seis con 75 que fueron bajas por tuberculosos escrofulosos y epilépticos, dos con 76 aquejados de catarro pulmonar crónico, nueve con 77 que padecían tuberculosis y catarro pulmonar crónico y ocho con 78 que eran tuberculosos y escrofulosos. Es decir, que de los 37, ni uno sólo pudo continuar en el servicio. Este dato digno de ampliación, prueba lo económico y lo conveniente que hubiese sido no admitir en el ejército á esos individuos.

El peso de los reclutas nos daría la apreciación de la densidad, como la talla nos da la de la altura, y puesto que la medición del perímetro puede ser falaz, apreciaríamos con él la respiración por sus efectos en el desarrollo de la nutrición. Entiendo que sería conveniente que se estableciera en el reclutamiento, siquiera para los casos dudosos, en relación con la talla, con la que guarda exacta proporción, pues cada 10 centímetros de estatura aumenta en tres kilogramos el peso. Esta operación en nada entorpecería la del reemplazo, pues una *talla báscula* permitiría apreciar ambos datos, talla y peso, á la vez colocado el recluta en la plataforma del aparato.

Manifesté antes mi confianza de que un estudio científico nos daría los datos para apreciar el desarrollo orgánico; y después del examen hecho del asunto, creo podemos llegar á la conclusión de que son necesarios 1.580 de talla, 79 centímetros de perímetro del pecho y 48 kilogramos de peso como minimum para que el recluta posea la resistencia necesaria para el trabajo de la vida militar.

Permitidme, señores, que aborde todavía otra cuestión que se impone á mi deseo de concluir. Me refiero á la adaptación del recluta á la vida militar; asunto, que si bien no es ya del reclutamiento, es una consecuencia de él.

El soldado tiene su fisiología especial, como existe una patología también particular del ejército; y no necesito demostrar la importancia de los cuidados que son necesarios, para que haciendo lo más insensible que se pueda el cambio de vida, se evite la patología propia en lo mucho que tiene de evitable.

Es un principio general de mecánica, que el esfuerzo debe estar en proporción con la resistencia del instrumento que le produce, y esto que se realiza en la máquina, precisa que se cumpla también en el hombre, regulando el movimiento que, consagrado á un objeto

determina el trabajo útil. En el soldado falta resistencia y sobran en cambio influencias perniciosas, naciendo de aquí el deber de aumentar aquélla y de disminuir éstas. En cuanto á lo primero ya he propuesto los medios al ocuparme antes de la elección de los reclutas, y al tratar en mi conferencia anterior de la alimentación del soldado. De lo segundo trataré brevemente, aun con el temor de molestaros demasiado.

El cambio de clima es una de las primeras influencias en la vida del soldado, y sabiendo que le es perjudicial, sería conveniente, conservarle por lo pronto, todo lo más posible de su vida civil; hacer la instrucción en su propia provincia, no sacándole de ella hasta después de habituado al servicio.

La instrucción ha de seguir inmediatamente, como es natural, á la incorporación del recluta, lo que nos obliga á pensar en qué estación del año será ésta conveniente. Si estudiamos la rotación del globo terráqueo inclinándose en la primavera en la elíptica del Ecuador á Cáncer, siguiendo en verano de Cáncer á Libra, en el otoño de Libra á Capricornio, y en el invierno de Capricornio al Ecuador; veremos que en el verano las altas temperaturas y los fuertes meteoros, y en el invierno los fríos, las lluvias y los hielos, hacen de estas estaciones las de mayor impresionabilidad en las funciones orgánicas. La primavera, en cambio, con su temperatura media en cada clima, con sus días largos y con sus excitaciones suaves sobre las funciones fisiológicas, parece el periodo más apropiado para la incorporación é instrucción de los reclutas; pues que en el otoño no es posible, en un país de tan extensas zonas agrícolas, pensar en separar los brazos del trabajo; por estas razones, opino que siempre el día 1.º de Abril debieran incorporarse los llamados á las armas.

Todos los higienistas aprecian separadamente las influencias de la vida urbana y de la rural al tratar distintos asuntos, en razón á los caracteres propios y á las influencias de una y otra. Menester será, que con objeto de procurar lentas transiciones, se ejercite el soldado en el paseo militar y en el campamento para sustraerle de las influencias de la atmósfera urbana, procurando á la vez conservándole en su provincia evitarle la nostalgia del lugar.

La mayor de las influencias que dañan al soldado es la propia de la vida colectiva. Reunir individuos de manifiesta analogía de constitución y de edad, someterlos á todos á las mismas condiciones de alimentación respiración y trabajo, y resultará necesariamente que causas iguales sobre terreno igual darán resultados iguales. De esta identidad respiratoria y fisiológica general del soldado, nace también la uniformidad de sus padecimientos; que no aquí, sino en todos los ejércitos se caracterizan principalmente por la tisis y el tífus. Para remediar esto en lo posible, precisa procurar al soldado variación atmosférica, para que sometido á un aire puro y no uniforme, no encuentre allí donde debe hallar el elemento principal de la vida, el germen devastador de la muerte suavemente cernido en sus pulmones en multiplicadas formas de elementos pulverulentos, fétidos ó parasitarios. Ventilación de los cuarteles, saneamiento de las letrinas, alejamiento de los caballos, que hoy viven en consorcio respiratorio con los soldados de los institutos montados por la estrechez de su común morada, y limpieza, baños y aseo del soldado, son medios de tan positiva utilidad, que bien puede afirmarse que sería reproductivo cuanto en ello se gastase.

La instrucción exige cuidados principalísimos. Es la época de mayor trabajo y precisa someter en la práctica del movimiento cada ejercicio á su ritmo fisiológico. El ejercicio aumenta la respiración, que es tomando por base la posición de costado, como 118 sentado. 133 de pie, 1'90 en marcha, 2'23 á caballo al paso, 2'76 en marcha rápida á pie, 3'16 á caballo á galope, 4'05 al trote, y como 7'00 en carrera rápida á pie. En reposo se exhala un 1'27 de ácido carbónico y en ejercicio un 1'63. Com-

préndese por tanto que es preciso graduar el ejercicio en armonía con la capacidad respiratoria del que le practica. Para atender á este aumento de respiración se aumenta la frecuencia de ella cuando la capacidad del pecho no es bastante, mas cuando ésta es la suficiente disminuyela frecuencia; así todos habréis observado al conducir tropas, que en los soldados no habituados hay anhelo, hay fatiga ó mayor frecuencia respiratoria, mientras que cuando se van habituando, como que con el ejercicio va aumentando la capacidad de sus pulmones por la amplitud de su pecho, no necesitan la compensación de la mayor frecuencia y marchan sin aliento, sin anhelo ó sin fatiga. Es decir, que la amplitud se obtiene por el hábito y produce agilidad. En proporciones convenientes el ejercicio es saludable como veis: pero en cambio en ciertas condiciones de constitución puede ser perjudicial por conducir á la fatiga agotando la energía muscular. Para graduar la práctica del ejercicio precisa que los médicos de los cuerpos aprecien á incorporarse los reclutas su capacidad respiratoria, intervengan después en la instrucción y observen sus resultados. Así se hace en otros ejércitos; en Alemania están autorizados los médicos para pedir oficialmente antecedentes sobre enfermedades hereditarias en la familia del recluta; en Austria, en visitas trimestrales se estudia el estado de desarrollo y de salud del recluta y se llevan relaciones de débiles. En una palabra, que constantemente se está valorando la inmensa riqueza de la fuerza muscular del ejército. En mi conferencia anterior ya indiqué la conveniencia de que se pesase trimestralmente á los soldados.

También es preciso que al hacer la saca, se verifique el destino á las distintas armas con intervención del médico para que aprecie ciertas condiciones. En la actualidad es asunto que se hace con poca meditación, pues sólo hay algún precepto con respecto á la talla y esto no basta. Aquí donde hablamos en confianza me permitiréis la franqueza; bien sabéis que el recluta que tiene la desgracia de no reunir alguna condición de estética, ó de tener lo que llamaba alguien en Madrid con su proverbial gracejo, *cara de segunda fila*, se ve comprometido para lograr que lo escojan las partidas receptoras y va á parar al montón de la infantería por escoger la última. Recuerdo que en el regimiento de Mallorca vi un soldado que por su talla y desarrollo me extrañó estuviese en infantería; tenía un labio leporino; división del labio que le daba un aspecto algo repugnante; le operé; apenas se le conocía la cicatriz y corregido el defecto, fué un gran soldado. No ocurriría esto si la saca obedeciese á más científicos preceptos. Lo mismo digo con respecto al destino á determinados servicios, pues habiéndolos en el ejército más ó menos activos, podría utilizarse á cada uno según sus aptitudes y condiciones de desarrollo. Nada diré del destino y aclimatación para Ultramar, porque necesitaría la extensión de toda una conferencia.

Con todas estas condiciones en la vida normal ó fisiológica se podrían evitar muchas de las enfermedades que constituyen la patología del ejército. Las deformidades deben desde luego ser todas causas de excepción al ingreso. Las enfermedades hereditarias, ó sean aquellas cuya predisposición adquiere el individuo al recibir el ser, impresas en su organización como se imprime el carácter, el genio y la fisonomía de su progenitor, pueden ser evitadas variando en el individuo las condiciones en que se engendraron y procurando lo que llaman las gentes cambiar la naturaleza. Todas las enfermedades que dependen de trasgresiones en el régimen alimenticio, pueden evitarse en el ejército; estableciendo reglas higiénicas de alimentación y laboratorios de análisis para impedir el uso de sustancias adulteradas. Fortaleciendo así la resistencia del soldado se evitarán: la escrófula, que supone una inferioridad nutritiva, y la tisis tuberculosa que supone una depresión, una falta de vitalidad en el desarrollo de los tejidos. En todos los ejércitos, la tisis es la enfermedad que

ataca al mayor número, debiéndose tener en cuenta que es natural que así suceda, por razón de la edad de los soldados y por la proporción que guarda en la población civil. Paris, pierde por tuberculosis 8.000 individuos por año. En Austria, el excesivo número de tuberculosos en el ejército provocó hace poco la adopción de grandes medidas higiénicas. En Alemania la instrucción de 31 de Agosto de 1882, establece reglas muy sabias para impedir su propagación en el ejército; entre las cuales figura la vigilancia de los soldados débiles, tomándose la temperatura de por la tarde, la declaración de inutilidad por el sólo hecho de una hemoptisis primitiva, y el aislamiento completo de los tuberculosos, necesario hoy, que con su naturaleza parasitaria tiene la tisis carácter de infecciosa. En España no podemos declarar la inutilidad sino después de largo trámite en el caso de tisis *confirmada*.

La mayor resistencia preserva de infecciones. No entraré ahora en el estudio de las enfermedades infecciosas: asunto que tanto preocupa en estos momentos á la opinión por los temores de alteración epidémica de la salud pública, y acerca del que, tan notables trabajos realizan Selní, Pettenkofer, Pasteur, Klebs, Koch y Nageli en el desarrollo de la doctrina parasitaria del contagio vivo. La viruela puede evitarse mediante la vacunación obligatoria y el aislamiento en hospitales especiales de variolosos, cuyo establecimiento debemos realizar en nuestro ejército. En la guerra de 1870, Alemania que tiene la vacunación obligatoria, no tuvo en su ejército más que 261 variolosos, mientras que Francia, que tiene muy descuidada la vacunación de los soldados, tuvo 1.074 variolosos en 175.000 hombres del ejército de Paris. El tífus, que atacó en 1780 á 5.000 individuos en Inglaterra, ha sido grandemente dominado por serias medidas higiénicas. En Crimea atacó el 54 al 55, á los ejércitos ingleses y franceses, y el 55 al 56 al francés sólo, merced á las medidas que adoptó Inglaterra en el suyo. En la guerra del 70, Alemania que da gran importancia á la higiene, y gran intervención á sus médicos militares, no tuvo el tífus en su ejército. La putrefacción necesita de dos elementos: el aire y el agua; ventilando las viviendas y desecando los terrenos se la priva de esos elementos. Desagüe, canalización, alejamiento de las letrinas y saneamiento de las aguas, son los medios. Contra el cólera, tenemos la preservación colectiva de Fauvel y la preservación individual de Ferrán. Contra la malaria, las plantaciones y los canales, y contra el escorbuto la limpieza y la higiene con que ha logrado Inglaterra no tener sino raros casos en 50.000 marineros cuando antes era frequentísimos.

Necesito concluir. Trabajemos todos; cada uno en la esfera de su deber, por el mejoramiento de las condiciones físicas, del individuo; con lo que lograremos constituir una sociedad fuerte que será productora y rica, y así mediante la armonía entre las clases profesionales, que al informar son directoras, las productoras, las protectoras como el ejército y la armada, y las reguladoras representadas por los gobiernos, avanzaremos en el eterno perfeccionamiento del pensamiento humano llegando á la armonía física y moral. HE DICHO.

JOSÉ SÁEZ DOMINGUEZ

LA REVELACIÓN

I

—Seré tan desgraciado como mi padre? se decía Gabrielillo.

Gabrielillo era listo, y aún no había cumplido los diez años cuando ya notaba las diferencias que existían entre la trabajosa vida de su padre, rudo bracero del campo, y la tranquila vida del señor cura.

El señor cura era un hombre campechano, gordo y mofletudo. Se regalaba lo más que podía, y cuando en su despensa se iban acabando los jamones de antaño, se terminaba en el co-

rral la cebadura del lechón dispuesto para la matanza de ogaño. Para su placer crecían las verduras del huerto, y para su deleite iban muriendo los gansos y las gallinas del corralejo; obsequiaban al cura las monjas con bollitos y confituras: con miel las colmenas de un devoto del valle; con quesos los pastores; y con dos barriles de vino el cosechero más rico del lugar.

Era aquel país tierra de viejos cristianos; nada tacaños con los pobres curas.

—Cura; yo he de ser cura, se dijo pensando en esto el goloso Gabrielillo.

—Madre, que merque padre los libros de latines en cuanto que llegue á la ciudad con el carro de *garroba*. Limpiaré la ropa del señor cura, barreré, cuidaré la huerta, iré á los recados á que me mande la señora Cristina, seré el mozo de la casa tan sólo por la comida y por la ropeja usada que deseche el señor y que usted apañe á mi medida; el señor me dará una *miaja* de lición, que yo deprenderé más que volando. En *toavía*, he de cantar misa antes que el Tuco de Corraleja, que está siempre estudiando lo mismo, sin salir del arre arre, por zopenco que es y tardo de sentido. Ese será cura cuando la rana crie pelo.

Todo esto decía Gabrielillo á su madre, que con ambas manos apoyadas en el cabo del palo de la escoba, y la barba en las manos, miraba á su hijo sonriente y admirada.

Pero todos estos proyectos debió conocerlos el mismísimo diablo, según la guerra que hizo á la vocación de Gabrielillo.

II.

Era la hora de juntarse los chicos en la plaza á sus juegos. Corrían desde la iglesia hasta el otro extremo donde se hallaba la casona ó casa de los hidalgos, edificio medio derruido, deshabitado, destartado y viejo, con las ben-tanas clavadas y con grandes vigas apuntaladas, para que no se viniera abajo.

De día, entraban y salían los chicos en la casa; de noche, no se atrevían ni aún á pasar por delante de ella. Era una casa embrujada.

Los más atrevidos habían no obstante, inventado un juego que les servía de temor y de regocijo; pero sólo se entregaban á él al anochecer: consistía en que uno de los muchachos fuese de puntillas atravesando el zaguán hasta la puerta del fondo de la casona, en tanto los otros cantaban marcando el paso del andar y dando á tiempo la señal de la fuga:

«Pasito á paso
Camina, granuja,
Si *allegas á adrento*
La puerta *arrempuja*,
Y huye, huye, huye.....
Que te atrapa la bruja».

Salían todos corriendo plaza arriba atronando el espacio con su infernal gritería.

A la hora aquella estaba de vuelta y en pié gravemente sobre la torre la cigüeña, como si escuchara pensativa al toque de oraciones y el vocerío alegre de los niños; la cigüeña que, día antes, día después, llegaba todos los años por San Blas, multitud de murciélagos, negros y feos como pingajos al viento, ponían en caricatura el ondulado y gracioso vuelo de las golondrinas, entonces dormidas en los nidos bajo las tejas; aquellos avechuchos trazaban en el aire con sus picudas alas quebradas líneas, chocaban por torpeza contra las paredes y se metían con los brujos en la sombría casona. Pues bien, una tarde á la referida hora se espantaron los muchachos al ver salir de la casona á un hombre vestido de negro y con cara que les era desconocida.

¡Dios de Dios! Aquel hombre debiera ser un brujo.

Gabrielillo era como todos los chicuelos temeroso y supersticioso y no vaciló en creer que aquel sujeto era realmente un diablo cuando menos.... y todos decidieron no tomar á juego la casona; y no valió que se les dijera, que aquel sujeto era un forastero y que había salido por la casona porque el corral de ésta y el de la posada estaban juntos, y que del uno al otro se pasaba con la mayor facilidad.

Aquel hombre era sospechoso. Lo dicho, dicho; cuando menos el diablo.

A la mañana siguiente pudo confirmarse la verdad de estas conjeturas. Estaba ya el pardezuelo de Quito esmaltado de millares de botoncillos de oro, de lindas matas con florecillas azules y blancas, y se oía á los grillos cantar briosamente en sus agujeros; callándose al sentir el más leve ruido de pasos en la hierba; como campo de verde raso y oro manchado de grana, aparecían los campos hiriendo la vista con el rojo de las amapolas, sobre las cuales volaban las mariposillas blancas de la primavera; quemaba el sol casi tanto como en el mes de Julio, y andaban los chicuelos haciendo pitos de tallos de espiga para taladrar los oídos con los pitidos extridentes, cual nube de mosquitos zumba en el estío á las horas de la siesta en torno de los fatigados hombres de la siega.

De pronto, los muchachos vieron á lo lejos al caballero de la casona, que inclinado al suelo caminaba llenando de piedrecillas un saquito de tela recia.

—Para qué se querrá él eso? Preguntaba Gabrielillo.

—Para qué ha de quererlo, replicó el hijo del sacristán, para hacer brujerías.

Según habían dicho algunos del pueblo, aquel señor no era el diablo, sino un hombre ido de la cabeza; los chicos seguían creyéndole brujo; no hicieron caso de él hasta que habiendo tomado asiento más cerca del punto donde se hallaban los chicos, se puso á leer en un tremendo librote.

—*Mia*, tú, dijo Cavila á Gabrielillo, ¿ves donde está?

—A la cuenta reza, dijo el Millete.

—Sí, rezar, exclamó Gabrielillo en tono irónico.

—Pues, sí rezar, replicó el Cavila con enojo. Reza al diablo *quisió* como, pero reza. ¡Anda, al diablo hay que rezarle, *en siendo uno que sea embrujao*, qué te pensabas, pues nó!

Supongo por caso, *verigracia*, que ogaño desea pagar tío *Roña* á tío *Cubdicioso* lo que le debe, y la cosecha es mala, reza un rezó de brujos para que el diablo le dé con qué. Y se le aparece de seguida el diablo; como á Martín de Salobresales, que en vez de ir á cumplir promesa á la Virgen, se fué á comer setas, y el diablo le atrapó y murió *embrujao* y allá os espere Millete.

Luego reunidos, comenzaron á parlotear temerosos en voz baja los chicuelos. Se veían asomar sus cabezas por cima de las ya crecidas mieses, que el viento hacía ondular y la luz brillantaba, se veía el raído sombrero de Cavila, la pelona y destocada testa del pobretón de Millete y la gorrilla de Gabriel.

Según el Millete, tal vez cuando el caballero recogía piedrecillas del suelo, anduviera buscando la del sueño, con la cual los brujos podían estar dormidos cien años seguidos, ó la *pantarbe* que atrae los *dineros*, y con la que, y restregando en ella el cuerpo de un sapo á las doce de la noche, se podía matar á una persona haciéndola escupir en la piedra tres veces.

—¡Pero esas son maldades! dijo Gabrielillo.

—Dicho que es cosa de brujos, claro está, replicó el Millete.

En esto, Cavila salió de los trigos, puso un canto en la onda, dió vuelta á ésta disparó una pedrada al caballero, que por poco no le da; levantóse éste, descubrió á los muchachos, y rápidamente, á pesar de su vejez, logró atrapar á Gabrielillo, y cogiéndole del brazo, se le llevó al sitio en que había dejado su librote y todos los chismes de caza de insectos.

—Yo no he sido, señor, no he sido, gritaba el muchacho.

Seguramente un pájaro no hubiera temblado más en las manos de Gabriel, que este medroso temblaba al verse en las del caballero, y más cuando acertó á descubrir, clavado por un alfiler en una tablilla, un alacrán de los que se encuentran siempre bajo las piedras. Sin duda el caballero estaría comiendo de aquellos bichos, cuando Cavila dió en arrojar la piedra á dos vueltas de onda.

—Hoy has hecho novillos, picaruelo, dijo el caballero.

Así era; Gabrielillo había hecho novillos con Cavila, el hijo del sacristán, y con el Millete. ¿Cómo y por qué lo sabía el caballero? Sólo siendo brujo. Era de temer que el brujo descubriese á otras personas que Gabriel no había ido á la escuela, sino voluntariamente á escardar, peor que esto, á picardear, lo cual le valdría una cachetina de madre, coscorronazos, y una buena felpa de padre y palmetazos del maestro. ¿Qué intenciones más negras la de los brujos!

Gabrielillo, á pesar de su miedo, sentía viva curiosidad, hubiera dado cualquier cosa por descubrir los cuernos y el rabo del diablo que tal vez ocultaba el caballero; y por lo que pudiera ocurrir, tenía escondida el niño su mano en el bolsillo y con ella la cruz hecha con el pulgar y el índice. Gabriel era precavido.

Pero al poco rato, el caballero dejó su enojo, dió buenos consejos al niño, y tomando un insecto, sacó de una caja un objeto cilíndrico dorado, del tamaño de un carrete de hilo, con un cristalito en la parte superior, y antes de colocar el insecto debajo, dijo al niño que si sabía qué animalito era aquel.

El muchacho exclamó, animándose extraordinariamente: Estos, por acá, les decimos aceiteras, uf... hay más, no hay otra cosa en los surcos; les decimos, también, beatas ó grillos de la Cartuja, porque no cantan ni pican. También andan por aquí víboras; ogaño picó una al hijo de Trojes, y se le puso una pierna *asina* como un bote, y tuvieron que aserrársela como si hubiera sido de palo.

¿Qué no fué lo que Gabriel dijo al ver el insecto por el microscopio, qué asombro y qué miedo le produjo verle!

—Dios de Dios... ¡Vaya una brujería! Aquí no se vé aceitera, ni cosa que lo valga, sino al mismo demonio con cuernos en la cabezota, largas patas como púas de lendrera, unos ojos negrazos y grandotes y una boca con tenacillas y sierras por dientes.

Luego el caballero refirió al niño cuentos, que tal le parecieron á Gabriel, acerca de las hormigas y de las abejas; después, muy amigablemente, se llevó á la posada al niño, y le mostró las vistas de un pequeño estereoscopo; y por la noche, á él y á sus amiguitos, les recreó con unas vistas de linterna mágica.

A los pocos días, los niños eran los mejores amigos del caballero, y Gabrielillo el más entusiasta. Las grandezas del universo y las maravillas de la ciencia, le fueron, en cierto modo, reveladas por el anciano; sintió el niño la ardiente curiosidad de saberlo todo, y cuando el caballero salió del pueblo, dejó al niño triste, esperando, esperando poder dedicar su actividad á trabajos, sin duda, más grandes que los rudos trabajos de su padre.

Gabrielillo, también se hubiera hecho ingeniero de minas como el caballero.

III

Algunos años después, Gabrielillo, que acababa de llegar de la ciudad, se hallaba con el señor cura en el corral de éste; el señor cura miraba con entusiasmo las porfias de un pollo por destronar al gallo, y en tal distracción apenas oía al joven que le hablaba de sus temores y dudas por abrazar ó no abrazar la carrera del sacerdocio; hubo un momento en que Gabriel mostró tal desaliento que, el señor cura, dejando su divertimento, exclamó:

—Tonto, más que tonto. ¿Tú crees que llegar á ser otra cosa, no te cuesta mucho dinero? ¿De dónde le has de sacar? Y más quebraderos de cabeza, que necesidad tienes de dárteles; porque supongo que no querrás ser un desgraciado como tu padre; el curato mío ha de ser para tí; estudios has hecho bastantes...; el año que viene, puedes cantar misa. ¿Para qué quieres elegir vida azarosa é insegura, brindándote ésta sosiego y bienestar?

—Razón tiene el señor cura, dijo Manolita, una fresca muchacha, sobrina del ama; razón tiene... ¿A dónde vas tú Gabriel, separándote de tu padre, de tu madre y de todos?

Gabrielillo quedó un momento pensativo, y al fin, se decidió; mucho más, recordando

que el viejo ingeniero había muerto pobre y abandonado, y asustándose ante la idea de tener que estudiar tantos años como se le exigían en cualquier otra carrera; entre el trabajo físico de su padre y el mucho trabajo intelectual del caballero brujo... le tentaba la regalona y pacífica vida del cura.

Al año siguiente, cresta erguida, blandiendo el aguzado espolón el pollo del cura, había acorralado al gallo, y cantaba el mismo día en que Gabrielillo cantaba misa, se llevaba de ama á Manolita y quedaba en el pueblo esperando el curato de su padrino...

Se le había revelado cual es la vida más sosegada y dulce que puede uno llevar en este valle de lágrimas.

JOSE ZAHONERO.

PRINCIPIO, MEDIO Y FIN

¡Amargas, bien amargas lágrimas se deslizan por su hermoso rostro! ¡Quién se lo hubiera dicho! ¡Tan obsequiada, tan adulada antes de casarse, por la multitud de gallardos jóvenes que iban á rendirle mil pruebas de respeto y de amor, y hoy tan sola, sin más compañía que sus desesperados pensamientos y la dulce esperanza de que no se malogre el incesante ser, cuya aparición en el mundo espera por momentos!

¡Qué hombre su marido! Si es verdad que en los corzones enamorados se despierta como un espíritu de adivinación, para descubrir las buenas ó malas cualidades del objeto amado, ¿cuán dormido permaneció en ella!

No: la pasión quita conocimiento. A la verdad que aquel ingrato descollaba por su belleza entre los demás pretendientes, por sus embriagadoras frases, pero no hace esto la felicidad de la vida. La infortunada lo vé claro ahora.

¡Qué desconcierto en sus negocios! ¡Qué inclinación á derrochar! ¡Qué prurito de lujo y de fatigosos placeres! Dicen que por el camino que sigue, la miseria pasará pronto su descarnada mano sobre aquella familia. La escasez se deja sentir ya y duramente.

¡Qué no haría la hermosa y desamparada mujer para librarse de la situación que la amenaza! ¡Ella y el que se agita en sus entrañas!

Piensa, mas de los tumultuosos pensamientos que en su mente batallan, no aparece salvadora luz. Arrebatada por la fantasía á las regiones de lo desconocido: suprimiendo el tiempo, ó más bien, precipitándolo en virtiginosa carrera, ve que su hijo nace, que se desarrolla, que su inteligencia se despierta, que llega á hombre, y que se lanza animosamente á los combates de la vida, pero adornado de condiciones de carácter diferentes de las de su padre: lo ve calculador, frío, dominado por el afán de los negocios, por ansia inextinguible de riqueza, opulento y temido.

Al calor de tan halagadoras ilusiones, aquella mujer se trasfigura en breves instantes. El espíritu de la codicia se posesiona de ella con poderoso influjo. Desvanécese la inocente niña, que nada sabe de las contrariedades de la existencia, y en su lugar surge la previsora madre, resuelta á dedicarse con todas las fuerzas de su organización, al porvenir de su hijo.

II

D. Lesmes era el usurero más famoso de la localidad, ó por mejor decir, el único, pues había tenido la maravillosa aptitud de quedarse solo de su clase, devorando, que es la palabra, más acomodada, á sus compañeros de profesión como á seres de inferior energía, é incapaces, en su consecuencia, de resistirle.

Todos hemos visto usureros empedernidos y más ó menos ricos; así es que no me detendré á hacer un retrato físico y moral (¿moral?) de D. Lesmes. Bajo ambos aspectos era típico.

Reunía en sí todas las cualidades y caracteres exteriores del cuerpo y del alma, con que los novelistas se gozan en revestir á esta clase de personajes para hacerlos repulsivos y odiosos. En vista de ello mis lectores pueden recor-

dar, corrigiéndolo y aumentándolo, porque así es necesario el tipo clásico y automático de la especie, el hombre de pómulos salientes, de larga y seca mano: de rostro cetrino, de labios delgados, y descoloridos, y de miradas recelosas en las que, sin embargo, parece haberse concentrado el brillo deslumbrante del oro, con cuyo manejo se deleita.

Creo que no costará mucho trabajo figurarse cuán aborrecible sería D. Lesmes, cuán poco inclinados se encontrarían por allí, no digo agradaarle, pero ni siquiera á servirle, y con todo, D. Lesmes regía en la localidad como un autócrata barato, y autócrata para él, se entiende, porque no necesitaba mantener corte que lo adulase, ni soldados que lo defendiesen ó ejecutaran, lo que él disponía.

Allí, en su cuchitril, en su lóbrego cuchitril, desembalsado, sucio, hediondo; sin tomarse la incomodidad de salir en busca de sus clientes, ibanle á buscar éstos; desde el más infatuado, cuyo orgullo no podía resistir nadie, y que ante D. Lesmes se explicaba con humilde acento y la cabeza baja; desde la atildada señora para quien dejar el tibio y odorífero ambiente de su precioso tocador, era imponerle un inmensurable sacrificio, hasta el pegujalero más desamparado de la localidad.

Así acontecía con D. Lesmes, que se consideraba candorosamente cual una providencia. Como procedía en el sentido de su naturaleza, se figuraba, lleno de buena fé, que sus hechos eran irreprochables. Para él, cuantos se presentaban á pedirle dinero eran infelices á quienes socorría con mano pródiga y munificente, pero allí era ella cuando esos mismos, desesperados por las durísimas condiciones que les imponía, se encolerizaban contra él: entonces eran unos misereros desagracedos, incapaces de corresponder á las bondades que les dispensaba.

Sucedió lo que debía suceder. Mediante ese influjo, hasta ahora no suficientemente explicado, de atracción poderosa é irresistible que los usureros de raza ejercen sobre el oro, don Lesmes fué atrayéndose casi todo el de la localidad para atesorarlo improductivamente.

Pronto hubo miseria.

Ya hacía tiempo que los habitantes de la localidad la soportaban con la mayor paciencia; pero D. Lesmes no fijó la atención en ella, hasta que dejaron de presentársele parroquianos á pedirle dinero.

La cosa era harto grave para que el usureiro prescindiese de tenerla en cuenta, sino por generosidad de corazón por las inspiraciones del interés; porque, era claro; sino iba nadie en solicitud de dinero no habría réditos, y sino había réditos adios esperanzas de que se acrecentase el número de espléndidas onzas con que D. Lesmes amorosamente se recreaba.

Pensó sobre esto y pensó muy bien. Un día, con asombro y estupefacción generales, se le vió salir de su desmantelado tugurio ¡él, que no lo abandonaba nunca! mirando á todo el mundo como con aspecto de benevolencia y de inagotable compasión, y dirigirse á un sitio, que en la localidad representaba lo que el Rastro en Madrid, y dentro de él á la sección de las ropas viejas.

Compró muchas: tantas como le fué posible, regateando desenfadadamente, exhalando desgarrados y hondos suspiros al dar el dinero, y haciendo por equivocarse en la cuenta.

Así que se vió solo en su chiribitil con aquel cargamento, extranjero de lo más recóndito de los escondrijos de la casa, un paquete como de quince ó veinte varas de una cuerda sólida y gruesa. A él, atado, iba un cartón mugriento, y sobre éste un rótulo medio borrado ya por la acción de los años, en el que se leía: «La cuerda del ahorcado.» De ella cortó un trozo, y subdividiéndole en menudos pedazos, fué cosiendo cada uno de éstos, delicadamente, en cada prenda de las que acababa de adquirir.

Al siguiente día, nuestro personaje salió á entenderse con el figonero más famoso de la localidad, y convino con él en que suministraría á buen número de desgraciados una senu-

lenta comida, y un traje completo á cada uno, á costa de D. Lesmes.

Cuando se divulgó la noticia, fué tan grande el trastorno, el desconcierto de las opiniones, que aquello parecía como si dijéramos, un terremoto moral. Las creencias más sólidas, más corrientes, más inconexas acerca de la personalidad de D. Lesmes quedaron destruidas como creaciones fantásticas de espíritus sin fundamento: á lo último, no hubo más remedio que confesar todos, lo positivo y cierto de la transformación aquella, porque la comida se dió y el reparto se hizo.

A los pocos días, la localidad experimentó una gran mudanza. A varios de los habitantes se les murió en Indias un tío riquísimo, dejándoles una cuantiosa herencia. A otros les tocó el premio gordo de la lotería. A otros les pagaron considerables créditos, incobrables hasta la fecha. Otros descubrieron tesoros, y así de los demás. Pero lo verdaderamente importante fué el descubrimiento que hizo un pobre diablo, que se las echaba de sabio, y que lo era hasta en no poseer ni un céntimo.

El terreno de la localidad era rocoso en su mayor parte; de rocas graníticas áridas peladas é inútiles para todo cultivo. El sabio en cuestión, que como todos los de su clase había estado, durante muchos tiempos, trabajando incansablemente en fecundizar aquellos eriales, sin hacer caso de las regocijadas chanzonetas de sus incrédulos convecinos, halló, por fin, lo que con tanto afán buscaba, bajo la forma de una composición química baratísima, que, unida al agua de los riegos y combinándose con los componentes de las rocas, descomponía éstos y de un terreno estéril hacía un terreno feraz.

La campiña de la localidad se trasformó como por encanto. Todo se pudo producir en el espacio que abrazaba, lo mismo para la alimentación que para el recreo de los habitantes. Renació la abundancia, pero ¡ay! con la abundancia infinitas necesidades, unas justificadas y otras no; éstas en mayor número.

El socarrón D. Lesmes, que estaba, como se sabe ya, en el secreto de aquellas novedades, se sonreía con aire de júbilo. Como los galgos viejos, salva sea la comparación, que á fuerza de práctica, saben que sin cansarse mucho y colocándose convenientemente, han de coger la liebre que los galgos jóvenes persiguen jadeantes sin poderla alcanzar, adivinaba que toda aquella prosperidad iría á sus manos fácilmente.

D. Lesmes no varió. Continuaba solo sin formar familia ni cuidarse de nadie. Vestía harapos, que no trajes. Comía miserablemente: lo conservaba la fiebre del oro. Las diversiones, hasta las más honestas y menos dispendiosas, estaban demás para él, sobre todo esto, su corazón seguía tan implacable como siempre, exigiendo sin misericordia el pago de los préstamos; prestando bajo durísimas condiciones, y no conociendo más moralidad que el cumplimiento riguroso de sus crueles pactos.

En estas condiciones, no transcurrieron muchos tiempos sin que se reprodujese la historia de antaño. De los habitantes unos por vicio, otros porque no tenían acierto en el desarrollo de su trabajo, otros por desgracias, otros porque les derrochaba mucho la familia, se vieron luego en necesidad de acudir á D. Lesmes, y así éste se fué haciendo lenta, pero incesantemente con el dinero de sus convecinos.

III

¡Sol de eterna justicia, que da cada vez luces con destellos más puros sobre la frente de la humanidad, hay quien te niega, ofuscado por la densa atmósfera que el hálito abrasador del egoísmo, y la lucha de los intereses levanta, y sin embargo, te descubres en todo!

¡Si tú no existieras, sino adelantara poco á poco la humanidad hacia donde tu brillas, el hombre no tendría recurso contra las manifestaciones de la fuerza ininteligente; ó tirano ó esclavo; en esto se cifraría su existencia.

Ya era viejo D. Lesmes. Seguía tan empedernido como en sus buenos tiempos: no con la claridad de juicio, ni con el vigor de su juventud, pero sí impulsado por las necesidades

de su organismo y la fuerza mecánica de la costumbre.

Las enfermedades menudeaban sobre él, y se había visto en la dolorosa precisión de recibir una criada jóven y robusta, pero tosca, záfia y llena de otros muchos defectos, para que le cuidase.

D. Lesmes, estimaba la vida; no como los demás hombres, siquiera por instinto de conservación ya que no por lo que contenga de apreciable, sino porque concluiría el mísero de amontonar oro, perdiéndola. En su desesperado afán de conservarla, en aquel afán que le constituía poco menos que una situación de locura, no titubeaba en desprenderse de lo que más quería, halagando á su Maritornes, con la esperanza, siempre, de recobrarlo.

La grosera doméstica comprendió de sobra lo que acontecía á quel desgraciado: que aquel hombre estaba á merced de ella, porque todos le aborrecían, y determinó aprovecharse de tan triste estado.

Los caprichos más extravagantes y dispendiosos se sucedían sin intermisión: D. Lesmes les sufragaba sin chistar, devorando la raba que le poseía y perdiendo cada vez las fuerzas. Se llegó hasta el caso de que cuando D. Lesmes, por razón de sus enfermedades se postraba en cama, la sirviente reunía á sus compañeras y á sus amigos, que eran muchos, y todos se regocijaban en grande, no tan apartados del amo, ni con tanta cautela, que el infeliz no lo advirtiese. De este modo, y por la ley de las compensaciones, toda la fortuna de don Lesmes se fué desparramando por la localidad en manos de rufianes y de mozas de alegre vida.

Don Lesmes no disponía ya de alientos para impedir tal desbarajuste. Se hallaba en la agonía mientras en una sala próxima los alegres comensales de la Maritornes, sin cuidarse de nada, estaban entregados al desenfreno de una inmundada orgía.

¡Se hallaba agonizando! ¡En ese misterioso momento de descomposición de un organismo cuando empieza á mezclarse con los elementos de la existencia universal y á comprender el equilibrio con que ésta se rige, en ese momento de maravillosa lucidez para la inteligencia, cuando se presentan á la persistente memoria los hechos de la vida pasada, tales como fueron, sin las nebulosidades y componendas con que el interés los disimuló!

La bacanal seguía su curso. Uno de los presentes que estaba menos ebrio que sus compañeros, se figuró oír algo en el aposento del agonizante. Fué allí y se encontró difunto á D. Lesmes, pero con tales muestras de desesperación en la descompuesta fisonomía, que daba espanto verla.

LUIS BARTHE

BOBY

(MEMORIAS DE UN PERRO FIEL)

(Conclusión).

Fidelidad; tienes nombre del perro.
(A. HERCULANO).

En este hecho se encuentra que el perro Pyramo hizo una serie de razonamientos, obrando como pudiera hacerlo un ser humano en idénticas condiciones á las nuestras.

Pero no es este solo el único ejemplo que podemos traer aquí en abundamiento de nuestra doctrina sobre la razón del perro, y hemos de apuntar otros aún más determinantes.

III

Hemos visto lo que eran el perro de Palermo y el de Mr. Joly, que nos dan dos ejemplos elocuentísimos de la existencia de la razón que vive con el perro. Pero si lo expuesto no fuese bastante á nuestro objeto, tenemos el recuerdo de *Rob*, el célebre perro de los bomberos de Londres.

Aún no hace muchos meses que el *Moring Chronicle*, dió la triste nueva de la muerte de este admirable animal, ocurrida en un fuego,

por haberle cogido una bomba de apagar incendios.

Rob tenía la costumbre, cuando las campanas tocaban á fuego, de correr delante de las bombas para enseñar el camino que conducía más corto al peligro.

Cuando llegaba al sitio del siniestro, subía por las escaleras, y entraba por las ventanillas en las habitaciones incendiadas por las llamas mucho antes que ningún bombero. Hace algún tiempo, cuando la explosión de Westminster-Road, *Rob* se precipitó en una localidad inmediata y se le vió salir al poco tiempo rastreando y llevando á un niño cogido en la boca, y cuya carga soltó en paraje seguro.

Otra vez, en Lamber, se dijo á los bomberos que todos los habitantes se habían salvado, y sin embargo, el perro no quería separarse de una puerta, y como no le abrían se puso á ladrar y ahullar, logrando así llamar la atención de los bomberos; acudieron éstos, abrieron la puerta y encontraron detrás de ella á un niño casi asfixiado.

Rob fué entonces presentado á la Real Sociedad Protectora de los Animales, y recibió un premio de honor.

Pero *Rob* hacía más; sabía, cuenta el *Morning Chronicle*, manejar perfectamente una bomba; y poseía más gimnasia que los artistas de los circos. La Real Sociedad Protectora de los Animales, le hizo un collar de latón en el que estaban grabadas estas palabras: «No me detengáis, dejadme correr: soy *Rob*, el perro de los bomberos de Londres.»

¡Cuánto no habla en nuestro favor estos ejemplos de *Rob*!

IV.

Pero aún es más curiosa la historia de *El perro de un difunto*, como llaman en Inglaterra, al perro que visita diariamente el cementerio de Scheaerbeck.

Un viejo, que tiempo há vivía en el arrabal de Scheaerbeck, tenía un perro, de las castas más bastas y comunes, que no le abandonaba ni un momento. A consecuencia de una corta enfermedad murió el viejo. El pobre animal, que no se separaba de su amo mientras estuvo malo, quiso guardarle después de muerto, y permaneció tres días debajo de su cama mortuoria, rehusando durante todo este tiempo comer ni beber. Se acercó la hora del entierro, y temiéndose que el perro no dejara sacar el cadáver, se le separó á la fuerza, encerrándolo hasta la mañana siguiente en que se creyó prudente darle libertad para que aceptara algunos alimentos. Pero lejos de esto, despreció cuanto se le ofrecía y huyó con rapidez, ladrando de un modo triste y desesperado.

Se supo al día siguiente que, después de dos horas de investigaciones, había descubierto el cementerio y la sepultura en que habían enterrado el día anterior á su amo, y había estado mucho tiempo echado sobre la tierra recién movida, ahullando de una manera quejumbrosa, cual si pidiese socorro.

Desde entonces no ha pasado un solo día sin que el pobre haya dejado de visitar la tumba de su amo.

Conoce la hora en que se puede entrar.

Llega con la cola metida entre las piernas, y, olfateando, se escurre con precaución, dentro del cementerio, como si temiese que le echen fuera.

Llégase á la sepultura, se recuesta con el mayor silencio, y con la mano temblorosa remueve un poco la tierra.

Los guardas miran con respeto un animal tan inteligente y fiel, y muchas personas indiferentes, que por curiosidad entran en el cementerio, salen de él, y, á presencia de aquel cuadro tan conmovedor, se les arrasan los ojos en lágrimas.

El perro se muestra indiferente á cuanto le rodea y á la curiosidad de que es objeto, y permanece allí como cosa de un cuarto de hora en el abatimiento más profundo, desapareciendo para volver al día siguiente.

¡Cuántos hijos no han hecho otro tanto por sus padres!

V.

Y aún es poca la fidelidad de *Rob*, la astucia del perro del doctor Joty, y el cariño de *El perro de un difunto*, si lo comparamos todo ello con los instintos de reconocido agradecimiento mostrado por *Boby*, el perro del viejo militar Gray, y que tantos años ha vivido en el cementerio de Greyfiar.

Boby es el héroe del presente estudio, que no lo merece menos que algunos hombres cuya celebridad consiste en haber llevado el luto y la desolación á la humanidad, bajo los equivocados conceptos de las reformas más ó menos especulativas ó de la falsa gloria militar.

La historia de este animal prodigioso es admirable.

No puede contarse sin ver en él á un hermano nuestro, á un constante bienhechor del hombre.

En 1848 enterraban en Edimburgo, en el Greyfiar, el cadáver de un pobre hombre llamado Gray, ó de otro modo *El veterano de la guerra*, nombre que le venía por la parte que tomara contra la de Napoleón I, siguiendo al ejército inglés, desde la batalla de la Albuera hasta la prisión del coloso aventurero.

Al día siguiente, el guarda del cementerio encontró al perro *Boby* sobre la sepultura de su dueño, y como la entrada en el cementerio estuviese prohibida á los visitantes de aquella especie, el guarda echó al infeliz *Boby*, que este era el nombre por el cual respondía el héroe de nuestra leyenda.

VI.

Ocurrió este suceso en Enero.

El campo estaba frío y el viento era aterrador.

Soplaba el maestral fuertemente.

La nieve, esa nieve eterna que cae sin interrupción en el Norte, coronaba las montañas inmediatas.

Los árboles estaban desnudos.

Y sin embargo, al perro hallábanlo siempre en el propio sitio.

El viejo guarda tuvo un día lástima del pobre animal y le dió de comer.

Y desde aquel momento el buen *Boby* se juzgó con derecho á quedarse allí y se quedó, ni más ni menos que si fuese en su propia casa.

Un viejo militar, compañero de armas que había sido de Gray, Mr. Scott, sargento primero de ingenieros, le alimentó durante muchos años.

Después, cuando murió Scott, hizo lo mismo Mr. Traill, dueño de un restaurant próximo al cementerio.

Esto duró más de 10 años.

Vino un día el impuesto sobre los perros, en que muchos dueños mataban los suyos por no pagar, y veinte personas se brindaron á un tiempo para pagar lo que tocaba á *Boby*.

Pero el Lord-preboste de la ciudad, sabiendo lo que ocurría en el cementerio de Greyfiar, exceptuó al pobre animal del impuesto, y para testimonio de su admiración le puso un hermoso collar de plata, donde grabó las siguientes palabras:

GREYFIAR-BOBY
REDIMIDO DEL IMPUESTO.

Este collar lo fué ofrecido por el Lord-preboste de Edimburgo, en 1857.

Boby fué respetado siempre por todos los vecinos de Edimburgo, hasta el punto que los que acudían al cementerio de Greyfiar se preciaban de llevarle pan y otros alimentos.

No debe extrañarnos esto. Edimburgo es un pueblo culto. Capital de Escocia, cerca del Golfo de Forth, al N. de Londres, con 200.000 habitantes y es centro de grandes asociaciones literarias y científicas. Es residencia de los tribunales superiores y de las primeras administraciones de Escocia; está situada sobre tres colinas; que se extienden una al lado de otra en dirección paralela. Tiene una ciudadela, una biblioteca con más de 80.000 volúmenes, y una célebre Universidad que reúne 6.000 estudiantes. En el extremo occidental está el castillo Holyrood, residencia antigua de los reyes de Escocia, donde el viajero visita con

preferencia el aposento de María Estuardo, y una extensa galería adornada con los retratos de los reyes de Escocia, desde Fergus I. Es patria del historiador inglés Hume.

Bajo la protección del repostero Traill y el respeto de la ciudad de Edimburgo *Boby* vivió largos años.

Y no tendremos que decir que el bueno de *Boby* estuvo siempre hasta su muerte echado sobre la sepultura de su amo.

No obstante haberse procurado muchas veces apartarlo de allí, aunque le acariciaran cuantas personas frecuentaban el cementerio, no se aficionó á ninguna, y durante los catorce años que siguieron á la muerte de Gray, *Boby* no reconoció otro lugar de reposo sino aquel que escogiera en el cementerio, y allí murió.

Fué levantada á su memoria una fuente, que se halla situada en la extremidad meridional del puente de Jorge IV.

El monumento tiene seis pies de alto, y encima se ve la estatua de *Boby*.

En el pedestal está grabada la siguiente inscripción:

Este es tributo ofrecido
á la afectuosa fidelidad
de Greyfiar-Boby.
En 1848, este perro fiel
siguió los restos mortales de su dueño
al cementerio de Greyfiar,
y permaneció al pie de la sepultura
hasta su muerte, en 1862.

VII

Varios vecinos de Edimburgo acuden todos los años el 8 de Mayo, día en que murió *Boby*, á la fuente de Jorge IV, hacen subir sobre el pedestal á un niño de corta edad, que deposita en la cabeza de la estatua de *Boby* una elegante corona con inscripciones, mientras otros reparten versos y hojas literarias ensalzando la virtud y la fidelidad.

En la corona que ofrecieron el año de 1864 se leían estas letras: «Los vecinos de Edimburgo á la fidelidad de *Boby*».

Así los pueblos aprenden á respetar á los animales, y desde que el niño nace se le enseña la bondad que éstos tienen y la gratitud que los hombres les debemos.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

LA FAMILIA

COMO CELULA SOCIAL (1).

I

Por el camino de la metafísica ó por el de las ciencias naturales, siempre llega el entendimiento humano á reducir á unidad los indefinidos y variadísimos fenómenos del universo. Todo es uno y lo mismo, dice el metafísico al terminar sus abstrusas lucubraciones; las categorías se repiten constante á indefectiblemente por el campo de la realidad. Todo es fuerza, afirma el naturalista tras pacientes observaciones y experimentos sin cuento, y las distintas formas en que la fuerza se presenta son trasformables unas en otras; una misma ley rige todos los fenómenos del mundo.

Bajo esta unidad fundamental, márcanse después diferencias que, si agrupan los fenómenos en órdenes distintos y los someten á leyes especiales, no los separan y aíslan por modo tal, que desaparezca toda semejanza entre ellos ni escapen á la acción de la ley primera universal.

Esta naturaleza de los fenómenos había de repercutir, y, en efecto, repercute en la de las ciencias que los estudian. La división del trabajo, auxiliar poderoso de la flaqueza humana, ha introducido y sigue introduciendo en ellas divisiones y diferencias, las más de las veces fundadas en la realidad y convenientes y acertadas sin duda alguna, pero que no rompen su unidad fundamental ni quebrantan en lo más mínimo los estrechos lazos de parentesco que las unen. Ya decía un filósofo antiguo que las

ciencias *habent quoddam commune vinculum et quasi cognatione quadam inter se continentur*, como reproducción ideal que son del todo cósmico, el cual es la variedad en la unidad, que se refleja en la variedad de todas las ciencias y en la unidad de la ciencia suma que se llama filosofía (1).

«El procedimiento que sigue la inteligencia en la evolución del saber, es exactamente el mismo que sigue la naturaleza en la evolución de la vida, y consiste en el paso gradual y sucesivo de una homogeneidad simple y amorfa á una heterogeneidad cada vez más compleja y diferenciada. En la mente del salvaje, la ciencia es un todo uniforme, indefinido, confuso, incoherente, que se resolverá en mil ciencias separadas y autómatas en la mente de un hombre civilizado» (2).

Pero «el movimiento de divergencia y de progresiva ramificación que produce un incesante trabajo de gemación y en el antiguo árbol de la ciencia, procede siempre contemporánea y correlativamente con un movimiento de coordinación y de convergencia orgánica, en virtud del cual cada rama de la gran planta vive de la vida de todas las demás» (3).

La diferenciación científica, la clasificación y división de la ciencia en partes y ramas con contenido propio y especial asunto, lo mismo que la diferenciación orgánica, y que todo género de diferenciación, lejos de conducir á la independencia y al aislamiento de las partes diferenciadas, lejos de romper su unidad primera y fundamental, hace más necesaria y más fuerte su mútua dependencia y reciprocidad, su combinación y trabazón íntimas.

¿Qué tiene de extraño, después de lo dicho, que las ciencias, al parecer, más opuestas, se presten recíproco auxilio en sus investigaciones? ¿Ni qué cosa más justificada que la necesidad de una amplia y profunda cultura general, para emprender cualquier género de estudios? No sería difícil probar estos asertos citando hechos históricos; pero con las consideraciones que anteceden, basta, á mi entender, para dejar asentado como verdad inconcusa que los resultados obtenidos en una ciencia cualquiera nunca pueden ser indiferentes á las demás. ¡Acaso purificados de lo que tengan de particular y concreto, y una vez reducidos á términos generales, sean aplicables á toda la realidad!

Pero aparte de este valor real y metafísico, los datos y descubrimientos de una ciencia pueden tener, para las restantes, otro que llamaré figurativo ó analógico. Las leyes y verdades halladas en un orden de estudios pueden sugerir en otros, mediante comparaciones y analogías, leyes y verdades que quizá, sin ellas, no se descubrirían nunca ó se descubrirían mucho después. Por esto, sin duda, los hombres científicos han acudido siempre y en todas partes á comparaciones más ó menos fundadas y felices, y han tratado de servirse de los resultados de unas ciencias, ora para aclarar conceptos y deducir consecuencias, ora para investigar principios en otras. Es este uno de los procedimientos de investigación más caros al entendimiento y más conformes á sus leyes, y si expuesto á graves errores y susceptible de tamaños inconvenientes, no por eso menos legítimo ni menos fecundo en resultados magníficos, cuando se emplea con tacto y plena conciencia de su valor, sin sacarlo de quicio ni darle un alcance de que carece.

Como es natural, la ciencia más adelantada y próspera en cada época, da la norma y se impone á sus hermanas, que á ella acuden á pedirle inspiraciones y á copiarle el tecnicismo y los métodos. Los grandes y maravillosos progresos realizados por las ciencias naturales en nuestros días, las han colocado en lugar preeminente, y han sido parte muy principal á que nazca el deseo, no sólo de aplicar sus métodos y procedimientos á otros géneros de

(1) Puglia, *L'evoluzione storica scientifica del dritto edella procedura penale*, página 11.

(2) Boccardo, *Introducción á la trad. ital. de la obra de Schäffle, Estructura y vida del cuerpo social*, pág. LXXIX y sig.

(3) Obra citada, pág. LXXX

(1) Memoria leída en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, por su autor, en su calidad de secretario primero de la sección de ciencias morales y políticas en el curso de 1885 á 1886.

fenómenos hasta ahora por modos distintos estudiados, sino también á que se adopte su fraseología y se extiendan sus doctrinas y principios cardinales en otras ramas del saber. En el fondo, este es el espíritu que alienta en el positivismo moderno, merced al cual, las ciencias filosóficas y las llamadas *morales y políticas* se han despojado de sus antiguas vestiduras, han abandonado añejos resabios y han sufrido, en poco tiempo, una transformación radical en la forma y en el contenido. Acertada ó torpemente, que esto no importa determinar ahora, hoy están ya constituidas por modo experimental, aunque unas más y otras menos adelantadas, unas en germen y otras en completo desarrollo: la psicología, la economía, la política, la ciencia del derecho, la criminología, la sociología, en pocas palabras, todas las ciencias hasta poco há dominadas por el apriorismo y la metafísica.

Conocidos son los nombres y las obras de los principales representantes de esta dirección científica en las varias naciones de Europa y América, y no tengo para qué enumerar los unos ni citar las otras. Si diré, por lo que importa á mi propósito, que no sólo el método, no sólo las doctrinas generales, sino también las palabras, los términos técnicos y todo un mundo de analogías, metáforas y comparaciones, han pasado, de las ciencias de la naturaleza, á las ciencias del espíritu y de la sociedad. Así se encuentran obras como la de Schaffle, titulada *Estructura y vida del cuerpo social* (1), en donde la comparación entre la sociedad y el organismo individual se lleva á sus últimos límites, y como la de Lilienfeld, que se titula *Ideas acerca de la ciencia social del porvenir* (2) y estudia la anatomía, la fisiología, la patología y la terapéutica sociales; así Virgilio escribe acerca de la *Naturaleza morbosa del delito* (3) y Stricker cosagra un libro á exponer la *Fisiología del derecho* (4), y así otros muchos que sería prolijo enumerar.

Este procedimiento comparativo y analógico se ha puesto de moda en las ciencias sociales, y hasta se ha llegado á abusar de él. No es de extrañar, por tanto, que en el campo mismo del positivismo se hayan levantado voces contra su empleo. El distinguido profesor italiano P. Cogliolo, dice acerca de este punto: «Estos parangones, y un cúmulo de palabras que llamara físicas, son, según algunos, una explicación científica de la evolución social, y esto es un error de método y una sola ilusión inútil, que dificultan investigaciones más serias y llenan la ciencia de metáforas enojosas.»

«Esta moda de hablar de positivismo y de evolución, y de usar palabras tomadas á las ciencias naturales, es tan nociva cuanto lo fueron los sistemas verbales y pomposos del trascendentalismo y del racionalismo....»

«No es útil, sino antes bien dañino, en el estudio de las ciencias sociales, pensar é inspirarse en las ciencias naturales y extraer de ellas vacíos parangones de palabras y suponer por adelantado una identidad de leyes reguladoras.»

«En otro tiempo, las ciencias morales y filosóficas dominaron á las ciencias naturales, y fué un gran mal; hoy ocurre lo opuesto, y es también un gran mal. Es menester, por el contrario, que procedan aquéllas y éstas separadamente y distintas entre sí: quizá llegue un día en que las leyes por ellas descubiertas se puedan reducir á una ó poquísimas leyes universales; pero, por ahora, esta es una hipótesis infundada que obstruye el camino á las investigaciones serias» (5).

Tales son las opiniones de Cagliolo, no faltas, en verdad, de fundamento; se ha abusado mucho en los últimos estudios sociológicos del tecnicismo, de las doctrinas y de los métodos naturalistas, y se ha creído que, con comprobar el cumplimiento de la ley general de evo-

lución en los fenómenos sociales, estaba hecho todo, descuidando el estudio de lo que tienen de peculiar y propio y la investigación de sus leyes especiales; pero aquel abuso y este descuido no autorizan para rechazar de plano toda cooperación entre unas y otras ciencias, ni justifican su aislamiento, ni aconsejan que se prescindan en unas de las doctrinas y medios de investigación de las otras. La unidad fundamental y primera á que, como antes decía, llega siempre el pensamiento humano en el estudio de los fenómenos cosmológicos, claramente indica que una algún parentesco aun á los más diferentes, por virtud del cual las leyes descubiertas en cualquiera de los ramos del saber pueden ser aplicables, luego degeneradas y despejadas de lo particular y concreto á todos los demás; pero aun desechando esta hipótesis por infundada y prematura, la naturaleza misma de nuestro espíritu, que parece necesitar de andadores para caminar rápida y seguramente en busca de la verdad, reclaman por imperioso modo que no se prescindan en unas ciencias de los resultados de las otras, que se utilicen las verdades ya investigadas, como puntos de partida, como andamios para nuevos descubrimientos.

Contestando Schaffle á las objeciones que se le han hecho por haber empleado analogías sacadas de la biología orgánica en el análisis sistemático de la estructura y de las funciones del cuerpo social, dice que no puede reconocerles ningún valor. «Se trata, ante todo, de ir de lo conocido á lo desconocido, y desconocido, es decir, no investigado, está hasta ahora la correlación de los varios órganos y de las varias funciones sociales, su unidad sistemática, mientras que está conocida é investigada la correlación, la unidad de los órganos y de las funciones del organismo animal, esto es, del único compuesto natural que se asemeja á la sociedad humana....»

«Por su parte, las ciencias naturales no han tenido reparo en aplicar, por analogía, las ideas sociológicas más claras, como, por ejemplo, la de la división del trabajo.... ¿Por qué las conquistas más firmes de la biología no han de ayudar, analógicamente aplicadas, al análisis sistemático del cuerpo social?»

«¿Acaso porque la analogía es siempre engañosa y puede llevar á la afirmación de homologías falsas? Concedo que la analogía está expuesta al peligro de ser extraviada por la fantasía, si bien, según la opinión de Tyndall, también la fantasía es un factor del trabajo científico. Pero la objeción no tiene razón de ser, no tiene sentido, sino cuando se pierda la conciencia de los peligros del procedimiento analógico y se quieran ver homologías allí donde no hay más que analogías.» (1)

Con las anteriores consideraciones y con los precedentes evocados: pareceme haber justificado por modo satisfactorio, no sólo la legitimidad, sino también la conveniencia del método analógico: y créome, por tanto, en el derecho de aplicarlo al estudio de la familia, tema elegido por la Sección para que sea objeto de los debates en el presente curso, y que me ha tocado el honor de exponer. Hasta donde mis fuerzas me lo permitan, voy á estudiar pues, la familia, considerándola como *célula social*, y pido desde ahora disculpa para los graves errores y muchas deficiencias en que de seguro he de incurrir, dado que entro en dominios que no son los míos y que *corro di ladrone*, sólo por corresponder de algún modo al inmerecido honor que se me concedió, designándome para ocupar este puesto.

II.

Desde muy antiguo se viene comparando á la sociedad con un organismo. Platón y Aristóteles hablaban ya de la sociedad como un cuerpo vivo, de un animal de mil cabezas, y desde entonces acá, puede afirmarse que filósofos y poetas nunca han echado en olvido esta comparación. Los poetas, sobre todo, la han repetido con gran insistencia, y la han llevado muy adelante.

(1) *Estructura y vida del cuerpo social*, trad. ital., tomo II, pág. 928.

Pero puede decirse que, si exceptuamos á Aristóteles, no eran estos sino juegos de palabra, metáforas y artificios retóricos, sin valor real ni importancia científica, y de escasa trascendencia para la sociología.

Los filósofos del siglo pasado sacaron del procedimiento analógico resultados más positivos y más ciertos; pero sólo posteriormente, y en particular en nuestros días, es cuando ha dado ó está dando todos sus frutos.

El concepto de organismo, despojado de las estrecheces que le imprimieron las ciencias naturales, donde primero nació y vivió, y reducido por los metafísicos á sus esenciales notas y caracteres, ha llegado á aplicarse á la sociedad, no en sentido metafórico, sino como expresión directa, y exacta de su naturaleza. Schelling ha sido, á mi entender, quien ha ayudado más eficazmente á esta conversión del antiguo tropo en expresión directa, y tras él Krause y sus discípulos. En la actualidad, tanto los pensadores de la dirección metafísica cuanto los de la dirección positivista, entienden que, como dice Boecardo no es ya una semejanza, una figura retórica, sino una homología, una verdad experimental, lo que expresan cuando afirman que la sociedad es un organismo vivo; Ahrens, Schaffle, Spencer, Fiske, en una palabra, cuantos en ciencias sociales se ocupan ó de ciencias sociales tratan, concuerdan en sostener que la sociedad es un organismo, que las notas fundamentales del concepto de organismo cuadran á la sociedad por modo tan completo y tan exacto como á los seres individuales. La sociedad es un organismo, así como suena, sin sombra alguna de metáfora.

Ahora bien: ¿el organismo social, á semejanza de los organismos individuales, se compone de células, ó no? Para responder á esta pregunta satisfactoriamente, necesitamos saber, ante todo, qué se entiende por célula.

En general, en abstracto, y purificado el concepto de las limitaciones naturalistas, creo que puede decirse que son células las unidades vivas, autónomas é independientes de que se componen todos ó casi todos los organismos de la naturaleza.

¿Hay algo semejante en los organismos sociales? ¿Compónense éstos de unidades vivas, autónomas é independientes; de elementos, de partes, con vida propia, con actividad propia, distintas y separadas de la vida y de la actividad del todo? Evidentemente que sí. Esto salta á la vista y no necesita demostración. Precisamente por la evidencia, por la irrefragabilidad (*sit venia verbo*) con que se muestra la existencia de estas unidades, lo difícil de demostrar ha sido lo contrario, esto es, que existe algo superior á ellas y de ellas distinto, que la sociedad es un ser real y verdadero, y no una palabra, una mera abstracción. A Hegel se debe por modo muy principal el reconocimiento y la demostración de esta verdad, enfrente de la teoría atomística y nominalista de los filósofos franceses del pasado siglo y de sus predecesores, teoría de que quedan aún no pocas huellas en las ciencias sociológicas, y de que, en verdad sea dicho, cuesta gran trabajo desprenderse; pero la corriente en contra de ella es ya poderosísima, y no tardará en derribarla por completo; metafísicos y positivistas se unen para afirmar de consuno que la sociedad es un ser con vida propia, y un ser orgánico.

Tenemos, pues, volviendo á nuestro asunto, que el organismo social se compone de partes, de elementos, de unidades que viven por sí y que gozan de autonomía é independencia, es decir, que, como los organismos individuales, se compone de células. ¿No queréis llamarlos así? ¿Se prefiere reservar este nombre para las unidades de que se componen los organismos naturales? Bien. No discutamos por palabras. Lo que me importa hacer constar, es que esas partes, esos elementos, esas unidades, desempeñan en los organismos sociales el mismo papel que en los individuales, que se corresponden exactamente en unos y en otros, y que, por tanto, el hablar de la célula social, no cometo una metáfora (aparte de la que pueda haber en el mero uso de las pala-

(1) *Baud und leben des sozialen koerpers*.
(2) *Gedanken ueber die Sozialwissenschaft der Zukunft*.

(3) *Sula natura morbosa del delitto*.

(4) *Physiologie der Recht*.

(5) *Saggi sopra l'evoluzione del diritto privato*, página 2 y siguientes.

bras), sino que expreso un hecho cierto y positivo. La metáfora, la analogía, vendrán después cuando entre en cierto género de comparaciones.

Pero, ¿cuál es la célula social, el individuo ó la familia? Al llegar á este punto las opiniones se dividen, y para esclarecerlo, debo profundizar algo más en el estudio de la célula orgánica.

«La palabra célula, que supone cavidad, se aplica á muchos elementos llenos. Llámanse así primeramente las partes constitutivas de los tejidos vegetales, los cuales aparecen por lo general, como aglomeraciones de celditas huecas, con paredes que las separan unas de otras, bautizadas por Malpighi, y Leewenhock con el nombre de visículas. De Marbel, en 1810, y Turpín, las consideraron como individuales fisiológicas» (1); pero el establecimiento de la teoría celular sobre bases sólidas, no se remonta más allá de 1836, y se debe á Schleiden, célebre botánico de Jena, así como su desarrollo y extensión á todos los seres, corresponde á Schwann.

Grandes modificaciones ha sufrido el concepto de célula desde su aparición hasta el presente; pero como ni la consideración que debo al auditorio ni mis conocimientos me permiten reseñarlas, ni siquiera exponer por cuenta propia el estado actual del problema, me limitaré á transcribir la exposición que hace un distinguido histólogo español en un libro reciente, exposición que, según personas peritas y para mí muy autorizadas, se puede tener por exacta y completa.

El Sr. D. Santiago Ramón y Cajal, que es el histólogo á quien aludo, resume así la teoría celular.

«La célula es una masa viviente, de forma variable, de estatura por lo general microscópica, que consta, en ciertos casos, de un solo pedazo de protoplasma estructurado, pero más comunmente de protoplasma núcleo y membrana también estructurados.»

«Quedan comprendidas en estas definiciones todas las especies celulares, así las imperfectas como las perfectas.... Los conocimientos actuales nos autorizan ya á considerar el protoplasma y el núcleo como partes con propia y especial estructura anatómica, circunstancia que nos ha parecido conveniente anticipar en la definición, para dar á entender que la célula, lejos de ser un simple conglomerado de principios inmediatos, es una complicada máquina donde entran infinidad de partes morfológicas diferenciadas.»

La teoría celular comprende en la actualidad, según Cajal, las tres afirmaciones cardinales siguientes:

1.^a *Unidad anatómica* Todos los seres vivos, así animales como vegetales, son, ó simples células, ó acúmulos de células, ya simples, ya transformadas....»

2.^a *Unidad fisiológica* La célula es un organismo en miniatura, un pequeño individuo con vida autónoma, asociado á otros sus semejantes para formar el cuerpo de los organismos. Se nutre, digiere, asimila, segrega, se mueve y reproduce, revelando las tres categorías de manifestaciones vitales de los seres individuales vivos, es decir, las funciones de nutrición, relación y reproducción. La célula es la única depositaria de la vida dentro del organismo; la actividad del órgano, la función del aparato son la resultante del trabajo de cada una de las células componentes.»

3.^a *Unidad genética*. Las células no surgen en las masas orgánicas por un acto de creación, algo como una cristalización de materias albuminoides, sino que, á la manera de los seres vivientes, nacen de otras células pre-existentes, y, por una serie no interrumpida de generaciones, del óvulo mismo» (2).

Tal es, en lo fundamental y para lo que aquí nos interesa, el concepto de célula que profesa la ciencia moderna; un organismo, un

ser que realiza *todas las funciones de la vida*, y que, ora vive aislado, ora en unión con otros, formando un organismo más complejo.

¿Cuál es el elemento social que reúne estos caracteres? ¿Los reúne el individuo? ¿Los reúne la familia?

Como antes indicaba, los pareceres se dividen al responder á esta pregunta, si bien debo lealmente reconocer que los más se inclinan á proclamar el individuo como unidad elemental del organismo social. Los mismos positivistas andan desacordes al tratar esta cuestión, y mientras Boccardo, por ejemplo, afirma que el individuo es la célula social (1), Scháffle sostiene que lo es la familia (2).

No negaré que el problema es de difícil resolución ni ocultaré que militan poderosas razones en pro de la tesis individualista. Pero á mi juicio, teniendo en cuenta el concepto célula que acabo de exponer, no puede menos de convenirse en que la familia es la célula social.

En efecto, la célula es un organismo, más ó menos complejo, que realiza *todas las funciones de la vida*. ¿Las realiza el individuo? Doy de barato, por el momento, que el individuo aislado pueda vivir y conservarse, que realice *casí todas* las funciones de la vida; pero niego que las realice *todas*. Ni su nacimiento es posible sin la familia, ni su reproducción. La facultad de reproducirse le está negada mientras no se una á otro individuo, y, por tanto, no puede parangonarse con la célula orgánica, que ya hemos visto que goza por sí sola de esta función.

El individuo, pues, no es la célula social, sino una parte, un elemento de ella. Se halla con respecto á la sociedad, en relación parecida á la que guardan los elementos estiológicos con los cuerpos orgánicos. Así como de la reunión, bajo un molde especial, de muchos principios inmediatos resultan *las células ó elementos anatómicos* de los seres vivos, así de la reunión, de los individuos resulta la familia, ó sea la célula, el elemento anatómico del organismo social. Hasta llegar á la familia, no se encuentra un ser completo en la sociedad, un ser que realice *todas las funciones biológicas* y que corresponda, por ende, á célula de los organismos individuales.

Según esta concepción, el individuo no es un ser perfecto, sino una parte de un ser. en lo cual conviene con la doctrina metafísica, divulgada en España por los discípulos de Krause y mantenida por Hartmann en su teoría de las almas complementarias doctrina según la cual en el matrimonio se completa y perfecciona la personalidad humana, fragmentaria é incompleta en los individuos. También coincide con ella la opinión que algunos sostienen acerca del origen de los sexos Espinus, en su precioso libro sobre *las sociedades animales*, dice respecto á este asunto:

«La separación de los sexos no es teóricamente explicable sino á partir de su unión, por un simple progreso de la división del trabajo. Cada uno de ellos es, en rigor, una mitad virtual del otro y tiende hacia esta segunda parte suya por una inclinación orgánica. Cada uno llama al otro como la condición absoluta de su existencia específica, mejor dicho como la condición de su plena existencia actual. En uno y otro, las funciones de nutrición se cumplen perfectamente; pero ni en el uno ni en el otro la función de reproducción (*sin la cual ningún ser reúne las condiciones esenciales de la vida*) podría realizarse. No tienen, pues, en todo el vigor de la frase, más que una sola vida repartida entre los dos.»

«No insistiremos, prosigue Espinas, en las pruebas fisiológicas de esta unidad vital, que abraza un doble organismo. Nos limitaremos á señalar en toda la extensión del reino animal sexnado la correspondencia, verdaderamente maravillosa, de los órganos, la comunicación de las cavidades y el paso de los elementos fecundantes que de ella resultan, la

correlación de los movimientos necesarios en fin, la subordinación de todas las funciones individuales á la función reproductora en uno y otro sexo, en el momento en que entra en actividad la vida específica» (1).

Nuestro mismo pueblo enuncia una opinión parecida á la que vengo sosteniendo, cuando dice que, al casarse, cada uno de los esposos encuentra ó debe encontrar *su media naranja*, dicho que tendría así un sentido más profundo de lo que parece, y que vendría á ser como un presentimiento de la verdad.

Acaso se me objete que el paralelo que establezco entre la familia y la célula orgánica es inexacto, porque los elementos de que aquélla se compone pueden vivir aislados, mientras que los de ésta, no. A esta objeción opondría, si se me hiciera, la hipótesis de las *microcymas*, de Béchamp, y la de las *plastidulas*, de Hákel, que tienden á conceder vida autónoma, especial y propia á las moléculas de que la célula se compone: la doctrina de Mr. Martins, que supone que «cada granulación del protoplasma es una célula en miniatura ó cropúsculo viviente, el cual también es susceptible de vivir independientemente de aquél» (2), y los descubrimientos del botánico Hanstein acerca de la vitalidad independiente de los órganos celulares, sobre todo en las plantas (3).

Y cuando se me rechazaran por infundadas todas estas hipótesis todavía podría afirmar, aceptando la objeción, que la semejanza no excluye la diferencia, y que precisamente en esa posibilidad de vivir aislados, en esa mayor independencia de los elementos que componen la célula social, radican la mayor parte de los caracteres que la distinguen de la célula orgánica, y que diferencian después el organismo social del individual. Sabido es que Spencer pone, como la principal de estas desemejanzas, la de que «las partes de un animal forman un todo concreto, mientras las de una sociedad forman un todo discreto. Las unidades vivas que componen el animal, se hallan en íntimo contacto; las unidades vivas que componen la sociedad; son libres, discretas y dispersas» (1).

Pero tampoco se debe exagerar esa posibilidad de vivir aislados y esa independencia de los individuos, porque iríamos derechos á justificar el *estado de naturaleza*, que los filósofos de las últimas centurias asentaban como base de todas sus lucubraciones sociológicas. El hombre es por naturaleza sociable, afirma la filosofía y la ciencia moderna, y para reconocer esta verdad no ha servido de poco la imposibilidad de que viva y se conserve aislado.

«Los miembros de la familia—dice Scháffle—salen de ella en pasajera independencia, dado que son más libres espiritualmente, y mucho más móviles y más varios que los elementos generadores y segregativos de la célula del tejido orgánico; pero no se reproducen, y no pueden, en la sucesión de las generaciones, conservar al cuerpo social sus elementos sino formando y perteneciendo á nuevas familias» (2).

III

Á mi entender, no cabe duda de que la familia es la célula social. Hasta llegar á ella, no se encuentra en la sociedad la unidad viva que corresponde á la célula vegetal ó animal, y que como ésta, realiza todas las funciones biológicas. Los individuos son, como las *microcymas* de Béchamp y las *plastidulas* de Hákel, partes ó elementos de la familias, pero no células sociales.

¿Se tachará esta cuestión de baladí, de puramente académica, y se la reputará, por consiguiente, indigna de llamar la atención de los hombres de ciencia y de los estadistas? Antójase que no. Es demasiado radical la sustitución de la familia al individuo en la base de

(1) L. O. Cadiat, *Traité d'Anatomie générale*, 1879, tomo I, pág. 51.

(2) *Manual de Histología normal y de técnica micrográfica*, 1884, páginas 157 y siguientes.

(2) Obra citada, tomo I, pág. 50.

(3) Idem, tomo I, pág. 178.

(1) *Principes de Sociologie*, tomo II, pág. 15.

(2) Obra citada, tomo I, pág. 178.

(3) *Des sociétés animales*, pág. 279 y siguientes.

(4) Cajal, obra citada, pág. 167. El autor cita un trabajo de H. Martins, *Sur la structure de la fibre musculaire striée*, etc.

(5) Hartmann, obra cit., pág. 177 y siguientes.

la sociedad, para que se desconozcan sus trascendentales consecuencias. ¡Como que nos llevaría á transformar por completo el modo de ser de las sociedades coetáneas!

Reina, en efecto, en nuestros días, el más absoluto individualismo. Iniciado en la esfera religiosa por la Reforma Protestante, sistematizado, por lo que toca á las ciencias sociales y jurídicas, en las obras de Kant, y llevado á la práctica por la Revolución francesa, el individualismo ha llegado ya á su apogeo. Chevalier decía, hace algunos años, que la sociedad moderna se hallaba colocada en una pendiente que muy pronto la conduciría al estado designado con el nombre de *otomístico*, en la cual ya no hay cohesión, entonces su perdición sería segura, porque bastaría el menor choque para pulverizarla (1). Creo que hemos llegado á ese estado. «La idea del hombre aislado, que, como dice Baudrillard, en el siglo XVIII se encuentra en todas partes: en la Metafísica, en el hombre-estatua de Condillac; en Moral, en el hombre egoísta de Helvecio; en Política, en el hombre salvaje de J. J. Rousseau» (2), en el siglo XIX se encuentra realizada en el seno de nuestras sociedades. La revolución, en odio á la organización antigua, estrecha y privilegiada, ha destruido todos los organismos sociales, dejando sólo en pie, como ha dicho M. Renan, un gigante, el Estado, y millares de enanos (3). Ni siquiera ha respetado la familia que, como dice Boccardo, se disuelve y tiende á quedar reducida á la mera cohabitación (4). «El Código civil de la Revolución—añade Renan—parece hecho para un ciudadano ideal, *naissant enfant trouvé et mourant célibataire*» (5).

No cambiaría radicalmente la constitución actual de las sociedades y se remediarían mucho de los males que ahora sufren, si se reconociera á la familia como célula social, y se diera á los restantes órganos y elementos sociales todo el valor y toda la importancia que deben tener?

Claro está que sí. Y á esto tienden los esfuerzos contemporáneos. Declárase ya casi unánimemente que el individualismo ha ido demasiado lejos, que es una doctrina incompleta, que «ha llegado el instante de completar la obra de la ilustre Asamblea nacional de 1789, dando al principio de asociación el desarrollo que la misma concede á la libertad del individuo aisladamente considerado...» Todos los grandes pensadores, todos los grandes estadistas, esperan de la organización social la curación de las graves enfermedades y dolencias que hoy sufren los pueblos. «El problema social consiste, tomado en su generalidad—dice el Sr. Azcárate—en llevar á cabo la reorganización de la sociedad, haciendo desaparecer el atomismo individualista dominante». Al sufragio individual quiere añadirse ó sustituirse el sufragio corporativo; á la producción capitalista, la producción colectiva, y así en todos los órdenes de la actividad social, desde la política á la económica, y desde la religión á la beneficencia y la moral.

Y no es, por cierto, de la reorganización de la familia y del fortalecimiento de sus vínculos, de lo que debemos prometernos menores bienes. Le Play pone el mantenimiento ó restablecimiento de la que él llama *famille-souche* como base fundamental de la reforma social y Lanfrey declara que «una fuerte constitución de la familia es condición necesaria en una sociedad democrática que aspira á ser libre» (1).

Ahora bien; ¿cabe imaginar una teoría más conforme con las necesidades y tendencias actuales de la sociedad, y con el espíritu de las modernas ciencias sociológicas, que esta de la célula social? Ella conspira eficazmente á dar á la familia el valor y la importancia que ha perdido, á fortalecer sus vínculos, á distinguir su vida y sus necesidades de la vida y de las

necesidades de los individuos que la componen á afirmar su personalidad y su existencia, diferenciándolas de las de sus miembros, á hacer en suma, de la familia, una persona tan real ó más real, si cabe, que los individuos, á reconocerle todos los derechos que á éstos corresponden y á ponerla como base y elemento primordial de la sociedad.

La familia debe gozar de todos los derechos de la personalidad que son compatibles con su naturaleza, incluso los derechos políticos. Ya Arens decía, en su *Curso de Derecho natural* (2) que «es preciso examinar si convendría dar al padre de familia, que en realidad representa por lo menos dos personas, una parte especial ó un doble voto en la elección,» y yo no conozco razón alguna que se oponga á que la familia ejercite un derecho de que ya gozan otras personas colectivas.

Ni el Estado ni la Iglesia deben tener en el nacimiento y en la muerte de la familia más influjo que en el nacimiento y en la muerte de los individuos; en uno y otro caso, no dan vida ni matan al ser que nace ó muere, y deben concretarse: el Estado, á tomar acta del suceso en sus registros, para los efectos jurídicos consiguientes; y la Iglesia, á santificarlo con su presencia y sus ritos. Ni la Iglesia ni el Estado casan; se casan á sí mismos los esposos reconociéndose «como las dos mitades del hombre ideal en el mito de Platón; que se encuentran después de haber sido separadas» (1) ó como las dos partes de la naranja, de que habla el pueblo español. El matrimonio, por tanto, no es un contrato, un acto bilateral, sino un acto unilateral de voluntad, por medio del cual se constituye la célula social. «No hay en este acto, como en el contrato—dice el señor Giner de los Ríos—pretensiones y obligaciones contrarias, ni las partes se hallan una respecto de otra como en pura dualidad é independencia al efectuar esta unión orgánica, sino como miembros de un todo superior, á cuya voluntad unitaria sirven de órganos» (2). Por esto, cuando los cónyuges se han equivocado, y lejos de constituir ese ser superior de que se creyeron mitades separadas, se hallan divididos y opuestos, ni el Estado ni la Iglesia tienen derecho para mantenerlos juntos é impedirles que busquen sus complementos respectivos. El divorcio, en tales casos, es necesario, y como necesario, justo, si bien rodeándolo de las garantías y condiciones oportunas, para evitar abusos y asegurar el cumplimiento de las obligaciones nacidas del vínculo disuelto (3).

La familia, como persona que es, tiene, al igual del individuo, una esfera de acción que debe regir por sí misma, con absoluta independencia de los otros organismos superiores. Dice Trendelenburg á este propósito: «Puesto que la familia reposa en su interioridad, y es el fundamento de la moralidad de sus miembros, tiene una ley interna y ella misma es una ley. El derecho civil no hace, respecto á las condiciones de esta jurisdicción interna, sino garantizarla, y sólo se ingiere allí donde la familia se revela exteriormente, y, en puridad, allí donde cesa de ser familia; por ejemplo, en el testamento, en la tutela y en el divorcio» (4). En los pueblos antiguos reconocíase á la familia esta esfera de acción; basta recordar la organización romana y los exorbitantes derechos que en ella se concedían al padre sobre los individuos que se hallaban bajo su poder, para convencerse de ello (5). Si de algo se pecaba entonces en este respecto, era de exceso. Por consideración á la vida interior de la familia, el derecho romano de los primeros tiempos olvidó y desconoció la personalidad de sus miembros, concediendo sólo al padre la representación en la ciudad (6); la historia romana, en este punto, puede resumirse en el proceso de diferenciación que fué exaltando la personalidad de la mujer y de los hijos y reconociéndoles derechos hasta

ponerles al nivel del padre en el Estado. Lo propio ha ocurrido en los tiempos modernos, por lo cual puede decir con verdad el Sr. Azcárate «que la obra de la Revolución hasta aquí consiste en la exaltación de la personalidad (individual) y en la destrucción del régimen antiguo (1).» La autonomía y la independencia de la familia ha quedado, de resultados de ello, no poco mermada y resentida. Verdad es que, en las naciones cultas, se considera «el hogar como territorio inviolable de una sociedad independiente,» pero el Estado penetra más de lo que fuera menester con su legislación en la vida interior de la familia, dejándola reducida poco menos que á una palabra vana. El ideal en este respecto está, á mi juicio, en conceder á cada cual lo que de justicia le corresponde, sin posponer los derechos del individuo á los de la familia, ni sacrificar los de ésta á los de aquél; una y otro son seres sustantivos, como ya hemos visto, y en tal concepto tienen derechos propios y propia esfera de acción que, lejos de oponerse ó limitarse, se complementan y auxilian por modo recíproco. «El individuo ha estado largo tiempo persuadido—dice Foullée—de que perdía para sí todo lo que daba á la sociedad, y también por mucho tiempo la sociedad ha creído que á sí misma se quitaba todo lo que al individuo concedía, como un cuerpo que temiese dejar libre desarrollo á sus miembros y los aprisionase para aumentar su propia fuerza. De aquí nace la vieja antítesis entre la sociedad y el individuo, que caracteriza al espíritu antiguo, y de que el espíritu moderno se liberta, indicando la armonía allí donde no se quería ver más que la oposición» (2). Lo mismo puede decirse de la familia; sus derechos, lejos de ser antitéticos, son armónicos á los del individuo, y lo que á la una se da no se quita al otro, ni al contrario, cuando se mantiene en el fiel la balanza.

Como ser vivo, como célula social, la familia tiene fines que cumplir distintos de los de sus miembros aisladamente considerados; y para cumplir esos fines, para satisfacer las necesidades que de ellos nacen, necesita medios de todas clases, requiere propiedad. «Que toda persona, sea individual ó social, necesita de la propiedad, es cosa que nadie pone en duda; lo mismo el Estado que la Iglesia, un Municipio lo mismo que una academia, tienen hacienda, medios económicos de vida, que son una condición necesaria de su existencia, como lo son de la del individuo» La familia, pues, tiene ó debe tener una propiedad, una hacienda suya propia, distinta de la de sus miembros. «Desde el punto de vista de la fisiología social, el patrimonio familiar es una necesidad. Sin estar provista, por modo unitario y suficiente, de todas las especies y cantidades de bienes que son indispensables para la consecución de sus fines, la familia no puede subsistir.»

«Por tanto, la abolición de la propiedad doméstica y la abolición de la transmisión hereditaria de todo patrimonio específicamente adaptado á una determinada familia, debe considerarse como un pensamiento contrario á la naturaleza».

Schäffle encuentra que el patrimonio familiar se compone de todas las clases de bienes de que constan los patrimonios en general; pero entre sus varios componentes sobresalen por modo notable los que corresponden al fin específico de la institución familiar; de una parte, los medios de nutrición material y de defensa corporal, de cuidado de la persona y de la conservación del cuerpo; de otra, los medios de educación y de entretenimiento espiritual, y además, las instituciones que tienen por objeto la consecución y la adquisición de los medios útiles para subvenir á estas dos necesidades capitales.

¿Quiere esto decir que toda la propiedad deba ser familiar? ¿Se niega por esto la propiedad al individuo? De ningún modo. El individuo subsiste por sí, separado y aislado de la familia, aunque no nazca ni se reproduzca sino en ella, como ya hemos visto, y tiene fines propios que cumplir y necesidades que satisfa-

(1) *Cartas acerca de la organización del trabajo*, citado por Ahrens en su *Derecho natural*.

(2) *Manual de Economía*, pág. 16, citado por el Sr. Azcárate.

(3) Accárate, *Resumen de un debate sobre el problema social*, pág. 231.

(4) Obra citada, pág. XCIV.

(5) Accárate, obra citada, pág. 233.

(1) M. Chevalier, lugar citado.

(2) Obra citada, pág. 137.

(3) Pérez Pujol, Bonghi, Prins.

(4) Schäffle.

(5) *Historia de napoleón I*, tomo II, pág. 128, citado por el Sr. Azcárate.

(6) *Derecho natural*, trad. ital., pág. 261.

(1) Maranges. *Estudios jurídicos*, pág. 61.

cer, para todo lo cual necesita medios de su exclusiva propiedad. Tampoco aquí los intereses de la familia y los de sus miembros son antagónicos, sino que pueden armonizarse perfectamente, reconociendo a la par la existencia de la propiedad individual y de la propiedad familiar.

A esto tiende la evolución jurídica. Desde la organización antigua, en la cual los bienes familiares formaban un todo, un *patrimonium* de que disponía en absoluto el jefe de la familia, se ha ido pasando poco a poco a la organización presente, en la cual cada miembro de la familia tiene su propiedad. La posición de la mujer y de los hijos en la familia primitiva, su condición de cosas y no de personas, impedían que se les reconociera capaces de adquirir propiedad. Sólo después, cuando van lentamente adquiriendo personalidad, se les otorga el derecho de poseer un patrimonio. La dote para la mujer y el peculio para los hijos, indican el reconocimiento de su individualidad en el seno de la familia y en la ciudad. La historia del derecho muestra una tendencia cada vez más pronunciada hacia la individualización del patrimonio familiar, y en los actuales momentos sería contraproducente volver a la comunión primitiva. Pero tampoco debe desconocerse, como hoy por lo general se desconoce, que la familia, como ser, como persona, como célula social, necesita un patrimonio propio que no se confunda con el de sus miembros, patrimonio que deben contribuir a formar todos padres e hijos, en la medida de sus fuerzas y de sus obligaciones.

REVISTA DE MADRID

Hémos ya en el mes de Marzo, en que los fríos han cedido algún tanto, y las mañanas tienen esa lánguida poesía de la naturaleza, que parece desentenerse, desheliendo sus escarchas en blancos vapores bajo los rayos del sol, como un niño aterido que sonríe en el regazo y bajo la mirada de su madre.

Los campos empiezan a cubrirse con su espléndido manto de verdura, de esa primera verdura cuyo color es tan vivo, tan rico y tan puro, y los avellanos y almendros se cubren de su aromática flor, y agrupados en las vertientes de las colinas semejan blancas tiendas, entre las cuales pastan tranquilamente los rebaños.

Es un espectáculo grande, poético, consolador; parece que la naturaleza, engalanándose en sus magníficas vestiduras para recibir dignamente a la primavera, se encarga de pronunciar con el lenguaje sencillo y armonioso de las aves, de las corrientes, de las auras y de las frondas, el nombre de Dios.

Es imposible no sentirse conmovido ante el espectáculo que presenta la naturaleza en este mes, es preciso escuchar la voz de la naturaleza, sentirse conmovido, amar, desear, dilatar, en fin, el espíritu, lanzarle al espacio, salvar los linderos del infinito, y llegar hasta Dios a través de la inmensidad.

Ni la naturaleza ofrecería a nuestra contemplación tan variados y encantadores espectáculos, ni la tierra suministraría esa rica diversidad de producciones con que el hombre regala su apetito y provee a sus múltiples necesidades, si el movimiento de traslación del planeta por los inmensos espacios, el ángulo que el Ecuador forma con la eclíptica y la oblicuidad unas veces y la perpendicularidad otras con que los rayos del sol nos hieren, no produjeran esa admirable y armónica alternativa de las estaciones.

¡Qué prodigiosa combinación la de los fenómenos que en el universo se realizan, y cuán ingrato é ignorante el que pasa indiferente ante tanta maravilla creada para la conservación y el deleite del hombre, ser predilecto, como David expresa, formado por el eterno poco menos perfecto que el ángel y constituido por él sobre toda la obra de sus manos, sobre toda la creación!...

Las últimas vicisitudes del mes anterior determinaron la terminación del invierno, y el mes presente va a ser testigo de bruscas transiciones meteorológicas, y sobre todo de uno de los fenómenos más magníficos y sorprendentes de la naturaleza, el advenimiento de la florida primavera.

Esa ruda batalla sostenida durante el invierno en

el fondo de todos los organismos entre las fuerzas vitales que tienden al desarrollo, al desenvolvimiento y los agentes atmosféricos que parecen conspirar al aniquilamiento, a la extinción de toda vida, va a tener por fin su natural desenlace, el triunfo de la libertad sobre la opresión, de la vida sobre la muerte, al asomar por los bordes del horizonte ese ángel redentor, la primavera, cuyo aliento embalsamado, cuyo soplo vivificante romperá las cadenas de hielo y rasgará los sudarios de nieve con que abrumó y aprisionó a la naturaleza la tiránica estación del invierno.

Por eso el mes de Marzo es el primer vagido gozoso de la naturaleza, el primer albor de la aurora del año.

Este año llegó Marzo con alegre compañía, puesto que llega acompañado del Carnaval, es decir, del estruendo y el bullicio.

Miradle, cubierto el rostro con la deforme y chocarrera careta, luciendo el traje chillón y estravagante del polichinela; se divierte a costa de los demás; como el sátiro de la fábula brilla con mayor esplendor cuanto guarda menos pudor en sus diversiones; también se disfraza con el traje provocativo de la orgía; oculta su rostro con el aterciopelado antifaz para no dejar ver el carmin de la vergüenza que brota de su alma, y así cubierto brillan sus ojos con más fulgor, porque es más oscuro el círculo en que se agitan; caprichoso dominó de seda envuelve sus formas incitantes, y se lanza con irresistible deseo en el torbellino al compás arrebatado de la orquesta, para mecerse en los brazos del placer; á veces, quedan entre los crujiertes pliegues de su capuchón los girones de alguna honra.

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo? ¡Días de Carnaval! ¡Días de locura! Pasad pronto; que vuestras horas sean fugaces, y tus momentos de libertinaje amargos como los frutos de la seducción; que el cielo encapote su azul horizonte en tus días de orgía y el sol palidezca ante tu vista.

Pasad rápidos; que si la vida es un Carnaval perpetuo, no necesitamos del cuadro recargado de tus desórdenes para derramar lágrimas sobre las consecuencias de nuestras locuras.

**

Pero no se crea que nosotros abominamos del Carnaval; nada de eso.

Entendemos que a cualquiera se le debe conceder un desahogo, y si es un desahogo inocente, con mucho mayor motivo.

Siempre y cuando que las diversiones que proporcione el Carnaval fueran inocentes.

Ciertas diversiones son tan precisas a la humanidad, como el aire mismo que se respira.

El que más y el que menos siente de cuando en cuando la necesidad de interrumpir la monotonía de la vida con alguna cosa agradable.

Nada más natural.

Si nos dedicáramos diariamente a las mismas ocupaciones, hiciéramos las mismas visitas y habláramos con los mismos amigos, concluiríamos por aburrirnos de la manera más soberana.

Pero hay más aún.

Si la muerte no nos amenazara a cada momento, es decir, si tuviéramos la seguridad de que habíamos de ser eternos, la existencia nos parecería a todas horas una pesadísima carga.

¿Comprendeis, lectores, lo insoportable que sería un año cuyos trescientos sesenta y cinco días ofrecieran entre sí una perfecta semejanza.

Sujetar a la humanidad a una vida completamente monótona, equivaldría a imponerla el más penoso de los suplicios.

La humanidad es así.

Pero por fortuna, la vida no puede ser ni más agradable, ni más variada, ni más entretenida.

Tal vez por eso deseamos vivir.

Decidme si nó: ¿en qué se parecen los cuatro días de Carnaval a los trescientos sesenta y uno restantes hasta el completo del año?

De fijo me contestaréis que no se parecen en nada, puesto que sólo se parecen a sí mismos.

Son cuatro días capaces de hacer reír a la persona más seria, de disipar los más queridos recuerdos y de callar los más punzantes dolores.

Cuatro días que todo lo toleran, que todo lo permiten, que todo lo facilitan.

Cuatro días durante los cuales, lo mismo hombres que mujeres, lo mismo jóvenes que viejos, se creen en el deber imprescindible de gozar y divertirse.

Cuatro días que derraman por todas partes una animación extraordinaria y una alegría indescriptible.

Preciso es confesar que el Carnaval es la época más divertida del año.

¡Cuántas cosas se llevan a cabo con el auxilio de la careta!

La careta oculta las lágrimas de la persona que tenga la debilidad de llorar en medio del regocijo público; porque para mí es indudable que también el dolor se viste de máscara.

Para mí es de todo punto incuestionable que hay personas que tratan de aturdirse con el estruendo de la algazara general, para ver de olvidar por un momento los sinsabores de la vida.

Esto no pasa de ser un triste recurso; pero más vale algo que nada.

La careta nos abre todas las puertas, y nos aproxima a personas ante las cuales habíamos permanecido siempre a una respetuosa distancia.

Y la cosa es clara.

Por el rostro, y sólo por el rostro conocemos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a nuestros amigos.

Suprimid la cara, y nadie sabrá a qué atenerse.

Todos marcharíamos confundidos y revueltos hasta el punto de no conocernos nosotros mismos.

Semejante innovación concluiría de fijo por trastornar las cabezas mejor organizadas.

Y hé aquí precisamente lo que sucede durante el Carnaval.

La careta hace desaparecer el rostro.

Por eso penetramos impunemente en todas partes y entablamos conversacion con cuantas personas encontramos al paso.

Un pedazo de tafetan trasforma en locuaz y emprendedor al hombre más tímido y menos resuelto.

¡Con qué desenfado, con qué aplomo, con qué descaro,—porque esta última es la verdadera palabra,—se presentan algunas personas desde el momento en que pueden dirigir sus miradas por los ojos de una careta!

Y esto consiste en que la vergüenza debe residir en el rostro, y como el rostro desaparece siempre que se le oculta bajo un antifaz cualquiera, la vergüenza desaparece también.

Sin que seáis profundos alienistas, habréis observado que entre los locos de Carnaval se presentan todos los grados y todas las manifestaciones de enajenación, así mental como física. Este pierde la dignidad, aquél el pudor, aquélla la honra, algunos la salud, muchos el dinero y todos la formalidad.

Cosas que una vez perdidas, es á veces imposible recuperarlas.

Jamás olvidaréis el Carnaval en que hayáis perdido un buen amigo. Nunca se borrará de vuestra memoria la máscara que dejó caer en vuestro oído el tósigo de una amarga revelación, acaso una calumnia que os hizo renunciar para siempre á la mujer que amabais. Y esto es á lo que damos el título inocente de bromas.

Una costumbre que corre de siglo en siglo es como una noticia que circula de boca en boca. En cada generación la una y en cada labio la otra sufre una variación completa. El carácter de cada individuo altera las noticias; la civilización de cada época reforma las costumbres. Entre las lascivas bacanales que recorrían las calles de la antigua Roma primorosamente desnudas para solaz de patricios y plebeyos, y las máscaras de nuestros días, es preciso confesar que el progreso ha establecido una gran diferencia. Entonces provocaban las *desenmascaradas* la curiosidad y el interés de los sentidos; hoy ponen los enmascarados en continua tortura nuestro ingenio y en palpable evidencia el arca sagrada de nuestros secretos. El Carnaval ha pasado, pues, del cuerpo al alma.

Al comprar una careta se adquiere el derecho incuestionable de rasgar el velo misterioso que encubre la vida privada de cada familia y de cada individuo. Ese pedazo de seda que cubre el semblante es un escudo inquebrantable, á cuyo amparo se puede impunemente hablar de tú á cualquiera, revelar misterios ó inventarlos, descubrir intrigas ó tramarias, hacer asomar el rubor á unas candidas mejillas ó al rostro de un culpable, verter el corrosivo de una sospecha en un corazón dichoso, ó envenenar la atmósfera de un hogar donde antes sólo se respiraba un ambiente de paz, de amor y de ventura. Todo eso son bromas de Carnaval. Y sin embargo, es deplorable que el Carnaval sea tan corto y que de año en año se acentúe cada vez más su decadencia. Porque á medida que las fiestas carnavalescas pierden terreno,

el verdadero Carnaval ensancha sus confines de una manera alarmante.

Porque el verdadero Carnaval, el imperio efectivo del disfraz y el engaño, no empieza donde estos cuatro días empiezan, sino precisamente donde acaban. Sí, la sociedad vive en un Carnaval perpetuo. Larra lo dijo: «en este mundo de máscaras todo el año es Carnaval;» y yo añado: menos en estos días en que «la humanidad se disfraza para darse á conocer.»

¡Oh, sí! tendad la mirada en torno vuestro durante todo el año; mirad á los hombres: no llevan antifaz en el rostro, pero llevan la hipocresía en el alma, que es el más horrible de los disfraces.

Estamos á todas horas y en todas partes rodeados de máscaras.

El que hace un momento derramaba en vuestros oídos la música agradable de la lisonja, y ahora que no le oís os difama y destroza vuestra reputación ante vuestros propios amigos; ese de cuyos labios no se desprende la palabra *dignidad* y que besa torpemente á todas horas las plantas de los que adula: ese que os habla á cada instante de honradez, de amistad y de virtud, y acecha la ocasión de que le franqueéis vuestro corazón y vuestro hogar para mancillar miserablemente vuestra honra; alguno que pretende deslumbrar con sus escritos y es un rapaz traductor-zuelo; muchos y muchas que pasan diariamente ante vosotros, insultando acaso vuestra modestia con su altanería y sus lujosos atavíos, y son sólo mendigos de alto rango; otros, por el contrario, que se refugian bajo el hábito de la miseria para poner sus riquezas, atesoradas Dios sabe cómo, á salvo de todo extraño compromiso; esos tiernos niños de nuestros días, que apenas han traspuesto los umbrales de la infancia, se disfrazan ya de hombres y os hacen creerlos por su lenguaje, por sus ocios y sus vicios, troncos amenazados de temprana podredumbre en vez de tiernos y lozanos vástagos; esas precoces niñas, en fin, de nuestra sociedad que os parecerán mujeres al ver que á los seis años no ignoran el adorno que realza más su belleza, que á los ocho os contestan discretamente á una galantería picaresca, y que á los diez sabe ya el alto fin que como mujer han de cumplir sobre la tierra; todos esos tipos sociales y

otros mil que pululan en torno nuestro, decidme si no son máscaras que nos rodean á todas horas y en todas partes.

¡Ah! las máscaras de estos días podrán causarnos risa ó desprecio, pero las máscaras de todo el año no pueden causarnos más que horror.

Un baile de máscaras es el complemento de la felicidad con que el Carnaval nos obsequia.

En medio de torrentes de luz y de armonía, el Carnaval presenta á la pública consideración todos los encantos de que dispone,

Con nada pueden compararse la animación y la franqueza que reinan en un salón de baile, sobre todo si la mayoría de los concurrentes ha tenido la precaución de taparse la cara.

Es necesario verlo, porque de otro modo no es posible formar una idea exacta de todos los detalles que constituye un baile de máscaras.

¡Qué acentos tan desconocidos, y qué rostros tan extraños!

¡Qué variedad en los trajes, y qué amenidad en todas las conversaciones!

Allí todo se sabe, porque todo se cuenta.

Los más ocultos secretos dejan de serlo inmediatamente que los que los poseen, penetran en esas alegres y tumultuosas reuniones donde se rinde tan ferviente culto á la diosa Terpsicore.

¡Con qué cumplida satisfacción se entregan los jóvenes á los placeres del baile!

¡Con qué delicioso abandono, con qué encantadora libertad se agitan, se estrechan y se confunden las parejas todas en un baile de máscaras!...

Ya se ve, cómo el Carnaval lo *disculpa todo*, lo mismo en los hombres que en las mujeres, claro es que no hay motivo ninguno, ni para que las niñas se ruboricen, ni para que las mamás se ofendan.

Ciertamente que el Carnaval de Madrid no es el Carnaval de Roma que Dumas describió en el *Conde de Monte-Cristo*, ni el Carnaval de Venecia que Paganini llevó en las cuerdas de su violín por toda Europa.

Nuestro Carnaval es más modesto. Es una fiesta que se va oscureciendo de año en año. En Roma y Venecia el Carnaval era una especie

de excepción puesta por la ley de la costumbre á la vida ordinaria.

Cada máscara parecía un Pasquino; cada broma una sátira, ó si se quiere, un libelo.

El objeto de tal fiesta era, no solo divertir la vista con el color del traje y enardecer la sangre con el movimiento del baile, sino castigar los pecadillos de la vida con la libertad de la crítica. El amante ingrato, el marido infiel, la mujer burlona, la amiga chismosa, el jugador, el vicioso, ya sabían que el Carnaval todos los años les guardaba algún castigo en palabras duras y en bromas pesadas.

Pero ahora en las ciudades modernas donde todo el mundo se pierde en las muchedumbres anónimas, en las tumultuosas olas de gentes que aparecen un momento en la superficie y desaparecen con igual rapidez en los abismos; donde nadie se conoce, donde al volver una esquina empieza una vida nueva, es imposible que el Carnaval tenga el hechizo de las cultas, de las artísticas, de las pequeñas ciudades.

El Carnaval cuida mucho de rodear á la juventud de encantadoras ilusiones, empujándola y arrastrándola en busca de ilusiones y esperanzas, sin dejar nunca de fascinarla.

Por eso la juventud es la única que aún cree en esta época deliciosa de amores y sueños.

El Carnaval ofrece á la juventud horas llenas de delicia y encanto.

El Carnaval habla á la juventud de amor, valiéndose de la careta y el disfraz.

La juventud cifra en el amor todo su encanto, y toda su delicia: la juventud es esclava del amor, y el amor, esencia purísima de todo lo bello engrandece y purifica cuanto toca.

El Carnaval se atavía con las mejores galas para merecer todos los elogios y todas las atenciones de la juventud.

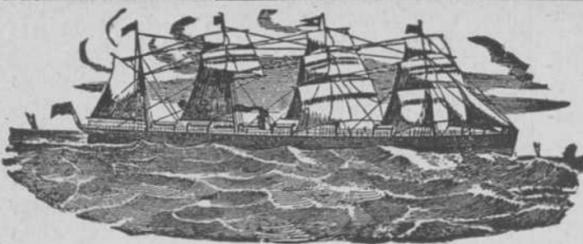
El Carnaval la adormece con fantásticas quimeras que la permiten ver allá, en lontananza, el bello ideal de sus ilusiones y el reflejo de la felicidad soñada.

¡Bendito sea el Carnaval que embriaga á la juventud con el perfume de sus ilusiones y esperanzas, amores y sueños!

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz, el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 27, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.
El 20, de Santander, *Mérida Núñez*.
El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25 Valencia, 26, y Barcelona 1^a, fijamente de cada mes.

El vapor *España* saldrá de Barcelona el 1.º de Mayo próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques. Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larriaga y Compañía.—Santander: Angel B. Perez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran formato, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distingue

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Olefinas* facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, calle de Columela, núm. 4, bajo, derecha.

OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.
Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores. Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas 39; D. Fernando Fe, Carrara de San Jerónimo 2, Marillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13,